

Selección TERROR

BRINDO POR TI MUERTE

Ada Coretti


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

514 — *La muerte gris*. Burton Hare.

515 — *Cuando tiemblan los cipreses*, Kelltom McIntire.

516 — *Horror a la vista*. Curtis Garland.

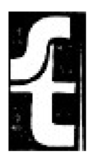
517 —*Los colmillos del diablo*. Joseph Berna.

518 — *El precio de un alma*. Clark Carrados.

ADA CORETTI

BRINDO POR TI, MUERTE

Colección
SELECCION TERROR
n.° 519
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064
Depósito legal: B. 105-1983

Impreso en España —Printed in Spain

1. ª edición en España: febrero, 1983
1. ª edición en América: agosto, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A.***
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona —1983

CAPITULO PRIMERO

La casa surgía cerca de la localidad de Sandtton.

Era una gran casa, de perfiles elegantes, casi regios, cuya contemplación sorprendía gratamente a cuantos transitaban por aquellos lugares..

Sorprendía porqué en aquella zona de lagunas ceganosas y niebla siempre densa y persistente, uno no podía imaginar se dar con algo tan grato a los ojos.

Dicha casa pertenecía a la señora Burnett. Una anciana y buena señora que había cobijado bajo su techo a sus cinco nietas, y que se afanaba constantemente porque la paz reinara entre ellas.

Lo que no resultaba tan sencillo como pudiera parecer. Entre las cinco muchachas existía un indudable antagonismo. Nadie sabía exactamente por qué, pero lo cierto es que no se querían y que, más o menos solapadamente, se hacían todo el daño que podían.

Bueno, en realidad no iba con Valerie, la más joven de las cinco muchachas. Valerie, que era una chica de atractivo rostro, de rizada melena y de espigada silueta, se desentendía de las rencillas de sus primas y vivía con alegría su propia vida.

La anciana señora Burnett se había hecho famosa por sus valiosas y deslumbrantes joyas. Que actualmente ya no se ponía, las tenía celosamente guardadas en la caja fuerte de la biblioteca-despacho de su propia casa.

La combinación de la caja era un secreto para sus nietas, y también para Oscar. El único que compartía con ella tal conocimiento era el señor Sand: su administrador.

¿Quién era Oscar?

Era un joven ciego, hijo de una sirvienta que durante muchos años había estado a las órdenes dé la señora Burnett. Por lo que ésta al enterarse de que el joven se había quedado solo en el mundo, optó por ampararle.

Como anteriormente había amparado a sus cinco nietas, al quedar éstas sin un hogar donde crecer y convertirse en unas auténticas señoritas.

A sus nietas, aún unas niñas por aquel entonces, les sentó muy mal que ofreciera su protección al joven ciego, que ciertamente no era más que el hijo de una sirvienta.

A este respecto, no obstante, la señora Burnett se mostró inflexible. Su casa sería el hogar de Oscar, por nada del mundo se desentendería de él. Lo consideraba una cuestión de conciencia, así que no había porque hablar más de ello.

Sus nietas terminaron aceptando su decisión, quizá porque no podían verdaderamente hacer otra cosa. Aunque Helene, la más hermosa de ellas, declaró la guerra al pequeño Oscar desde el primer momento, jurándose que no le dejaría tranquilo mientras vivieran bajo el mismo techo.

El padre de Helene había sido el hijo mayor de la señora Burnett. Murió con su esposa en un accidente de coche.

El padre de Carrol, Virginia y Maud, había sido el hijo mediano. Este y su esposa fallecieron de enfermedad en el breve intervalo de un año.

El padre de Valerie fue el hijo menor. Este, viudo, organizó una expedición a las selvas brasileñas y no regresó.

Lo cierto es que la anciana señora Burnett había vivido pendiente de que sus nietas se llevaran bien y de que Oscar ocupara un lugar digno en aquella casa.

Así fueron pasando los años y actualmente, ya mayores todos ellos, la anciana mujer se decía que las cosas no habían ido como ella hubiera deseado. Resultaba evidente que había fracasado en sus intentos de agruparles, de hacer que se sintieran como hermanos.

De todos modos, quien más le preocupaba era Helene. En sus ojos verdes veía odio. Odio hacia todo aquello que se anteponía a sus deseos.

Sin embargo, la señora Burnett se había afanado constantemente para que sus más pequeños caprichos, como los caprichos de sus otras nietas, se vieran satisfechos. Por eso había dado carta blanca a su administrador, el señor Sand, para que sus peticiones se vieran siempre satisfechas.

Así, pues, las cinco muchachas disponían de coche propio, y podían vestir a la moda y podían asimismo asistir a toda clase de fiestas y espectáculos.

Carrol, Virginia y Maud, a veces, parecían satisfechas con su suerte. Bien mirado una abuela tan generosa no era algo que pudiera encontrar cualquiera.

Pero en tales ocasiones Helene intervenía, soliviantándolas, asegurándoles que podrían vivir mucho mejor si la abuela vendiera sus joyas y les repartiera a partes iguales la fabulosa cantidad que por ellas le dieran.

Sólo en estas circunstancias, evidentemente, las muchachas parecían estar unidas entre sí.

Valerie era la única que solía comentar.

—Si tenemos todo lo que deseamos, ¿a que pedir más? No seamos egoístas.

Cuando le oía decir esto, Helene solía mirar con odio a su prima Valerie. Aunque, en honor a la verdad, Helene miraba con odio a

muchas personas.

Sobre todo al señor Sand, el administrador de su abuela. Un hombre de unos cuarenta y cinco años, más bien delgado, poca cosa, bastante tímido. Era soltero y vivía en la casa. Vivía allí desde hacía más de quince años.

Sí, Helene odiaba a ese hombre más que a nadie en este mundo. Había intentado, de todos los modos y formas, que le dijera cual era la combinación de la caja fuerte. No lo había conseguido.

—No puedo decírtelo. Helene. Lo lamento —siempre le respondía lo mismo, tuteándola, no en vano la conocía desde niña.

—¿Qué mal hay en que yo sepa los números de la caja fuerte? —ella se indignaba —. Así, de vez en cuando, podría mirar las joyas... Por mirar no iba a estropearlas...

—Pídeselo a tu abuela.

No, no había conseguido que el señor Sand se ablandara, cediera. Sus esfuerzos se habían estrellado siempre ante la fidelidad de aquel hombre hacia su abuela.

¡Le odiaba, y tanto que sí! ¡Si algún día dependía de ella, le despediría a la primera! ¡Y algún día dependería de ella, porque su abuela no iba a vivir siempre...!

Helene solía ir a la biblioteca. Le gustaba leer, y allí, en las inacabables estanterías, había libros para todos los gustos.

Mientras buscaba lo que leer, el administrador, desde la mesa del escritorio, solía mirarla. Ella, a veces, ni le dirigía la palabra. Elegía un libro y luego salía.

Pero Helene reparaba, más o menos a hurtadillas, en lo que hacía aquel hombre a quien ella se había propuesto desacreditar. Aunque eso le iba a costar, lo sabía, su abuela tenía en él una confianza absoluta.

Así, espiándole más que otra cosa, la hermosa Helene se dio cuenta cierto día, mientras buscaba un nuevo libro que leer, que el señor. Sand se había olvidado de cerrar uno de los cajones de su mesa de escritorio. Un cajón que nunca dejaba abierto y ella sabía por qué. El señor Sand escribía un diario y no quería que nadie, bajo ningún concepto, husmeara en aquellas páginas.

Helene siempre había pensado que aquel diario debía ser una cosa muy aburrida. Aun así, en esa ocasión, la curiosidad le espoleó con tanta fuerza que no pudo contenerla.

Pero el administrador, aunque se había olvidado de cerrar aquel cajón, seguía en el escritorio. No había modo, pues, de acercarse al diario de aquel hombre.

Intentando distraerle, Helene le preguntó con una sonrisa.

—¿Qué novela me recomienda, señor Sand? Ande, venga a elegirme una.

El señor Sand se mostró sorprendido, desconcertado. No esperaba que la muchacha se le dirigiera en estos términos. Estaba acostumbrado a ser tratado de manera harto desconsiderada.

—No sé tus gustos —contestó.

—Bueno, elegiré yo misma —y Helene, sin dejar de sonreír, se puso a mirar en los estantes situados a la derecha de la chimenea. De por allí, días atrás, había sacado el último libro, que por cierto le había gustado mucho. Seguidamente habló en voz alta: ¿A ver éste...? No, no me atrae su título... Sugiere un argumento flojo, superficial... ¿A ver este otro...? No parece estar mal...

Helene estaba mucho más comunicativa y simpática que de ordinario. El señor Sand sin duda debía estar preguntándose qué tramaría.

Metiendo y sacando libros, uno de éstos se le cayó al suelo, y Helene esperó, durante unos segundos, que el administrador se acercara a recogérselo.

El señor Sand no se movió, se quedó quieto, dando por descontado que la propia muchacha se agacharía y lo recogería.

Así lo hizo Helene, y ya con el libro en las manos, tras echarle una rápida ojeada al título, comentó:

—Me llevaré este mismo.

Acto seguido salió de la amplia estancia.

Ahora bien, apenas se llevó el libro a su dormitorio, pues le gustaba leer por las noches antes de acostarse, Helene bajó de nuevo a la planta baja de la casa y se quedó pendiente de lo que hiciera el administrador.

Reparó en que éste, poco después, salía de la biblioteca-despacho.

Helen, entonces, se apresuró a entrar allí. Ya junto a la mesa del escritorio, se inclinó sobre el cajón que había quedado abierto. Tenía que aprovechar aquella oportunidad.

Desde luego, ni la propia Helene hubiera podido nunca imaginarse las dos enormes sorpresas que había de depararle la lectura de aquel diario.

Dos sorpresas que podían resumirse en estos dos párrafos:

> «Estoy enamorado de Helene. ¡Y de qué forma. Dios de los Cielos! ¡Es tan hermosa! Pero nunca me atreveré a confesárselo. Se reiría de mí.»
>
> «Helene está empeñada en saber la combinación de la caja fuerte. No puedo decírselo, aunque sé que negándome me hago aborrecer por ella. No, no puedo decírselo, la señora Burnett me lo tiene terminantemente prohibido. Helene está lejos de suponer que los números que abren la caja fuerte sean: dos, tres, cuatro, cinco y seis. Cifra francamente fácil de recordar...»

Ya había averiguado lo que tanto deseaba saber. Se sintió excitada por la emoción.

Y esa misma noche le iba a impedir dormir. Así que Helene, al llegar la noche, recurrió al libro que tenía sobre la mesita de noche.

Creía, sin embargo, que su lectura no le distraería lo suficiente. En realidad tenía el pensamiento puesto, única y exclusivamente, en la combinación de la caja fuerte. ¡Ahora las joyas estaban ya al alcance de su mano!

La novela, sin embargo, sí la distrajo. Más que esto, la subyugó, la fascinó, casi la hipnotizó, pues se trataba de un argumento con todos los condicionantes precisos para que así fuera.

Algunos capítulos de la novela se le quedaron clavados en el alma. Siniestramente clavados, pues acababa de concebir la idea de imitar a la protagonista.

Sí, lo haría.

Echaría un par de somníferos en el vaso de leche que su abuela se tomaba cada noche antes de dormirse. Y más tarde, cuando su abuela estuviera profundamente dormida, entraría en su dormitorio y abriría de par en par las ventanas dejando que el frío de la noche, que llegaba de las lagunas cenagosas, se colase dentro.

Después, cuando su abuela hubiera muerto, y sin duda moriría porque estaba muy delicada de salud, sacaría todas las joyas de la caja fuerte y las pondría en un pañuelo de cuello, anudando éste seguidamente. El pañuelo iría a parar al interior del ataúd, entre los pliegues del vestido de la muerta. Esto debía suceder momentos antes de que la tapa cayese macabramente sobre su abuela.

Con el ataúd, pues, saldrían de aquella Gasa las valiosísimas joyas.

La policía intervendría, claro que sí. Pero en vano. A nadie se les ocurriría buscarlas en el cementerio, en una tumba. Su desaparición quedaría a juicio de todos como algo verdaderamente inexplicable. Más tarde, pasado un tiempo prudencial, ella podría recuperarlas.

Helene, de pronto, se incorporó en la cama. Pensó que no tenía por qué reflexionar más sobre el asunto. Si estaba dispuesta a actuar, ¿a qué esperar a otro día?

Saltó de la cama. Se colocó una bata, anudándosela en torno al estrecho y esbelto talle.

Poco después, con un par de somníferos en el bolsillo de su bata, se dirigía al dormitorio de su abuela.

La encontró acostada, pero con la luz encendida. Aún no se había tomado la leche. Valerie estaba con ella, haciéndole reír.

Helene aprovechó un momento oportuno y echó los dos somníferos en la leche. Ni su abuela ni su prima le vieron hacerlo. Luego de un poco de conversación les dio las buenas noches y se

marchó.

Valerie, por su parte, salió de allí instantes después.

Una hora más tarde, aproximadamente, Helene regresó al dormitorio de la abuela. Lo hizo con pasos lentos, silenciosos.

Su abuela dormía como un tronco.

Se acercó a las ventanas y las abrió de par en par. Helene sintió un escalofrío.

No, ciertamente, por lo que estaba haciendo. No por la maldad que entrañaba aquel acto. Era porque la noche era gélida, helada, y el frío se le caló hasta los mismísimos huesos.

* * *

La anciana señora Burnett había fallecido, aquejada de bronconeumonía, tras debatirse más de tres días entre la vida y la muerte.

—No comprendo cómo pudieron abrirse solas las ventanas —los ojos de Valerie estaban llenos de lágrimas—. Tampoco comprendo cómo el frío no la despertó...

Helene estaba allí y ni siquiera pestañeó.

Cuando en la cámara mortuoria entraron Carrol, Virginia y Maud, sin duda más por cubrir las apariencias que por otra cosa, Helene se retiró.

Poco después entraba en la biblioteca-despacho. Tras asegurarse, por descontado, de que el administrador estaba en otro lugar de la casa y de que, en consecuencia, no iba a verse sorprendida por él.

Debía apoderarse de las joyas. De todas ellas. Era el momento de hacerlo.

Apenas entró en la amplia estancia y cerró la puerta a sus espaldas, su mirada fue hacia la encendida chimenea. El chisporroteo de sus leños atrajo su atención.

Una atención momentánea, pues en seguida su mirada se dirigió hacia el cuadro que adornaba una de aquellas paredes. En ese cuadro, su abuela, con menos de cuarenta años, aparecía elegantemente vestida de noche, y muy enjoyada. Lucía su fabuloso juego de pendientes, collar, diadema y pulsera. Los diamantes refulgían. El pintor había sabido plasmar, evidentemente, la belleza de aquellas joyas.

Tras el cuadro estaba la caja fuerte,

Helene no lo ignoraba, como tampoco lo ignoraban sus primas. Sólo que sus primas no sabían qué combinación abría la caja fuerte y ella sí. E iba a aprovecharse de ello, convirtiéndose en una mujer inmensamente rica.

Pero eso, claro, más adelante. No debía precipitarse.

Desplazó el cuadro de lugar y maniobró en los mandos de la caja fuerte. Los números dos, tres, cuatro, cinco, seis, quedaron debidamente emplazados.

Accionó, y sin más la puerta de hierro se abrió.

Los estuches aparecieron ante sus ojos verdes, que brillaron de codicia.

Cogió los estuches y los abrió. ¡Y el brillo deslumbrante de los diamantes, de las esmeraldas, de los zafiros, cegaron por un instante sus pupilas!

No, no debía perder tiempo. Si lo hacía podía echar por tierra todos sus planes.

Desplegó el pañuelo de cuello que llevaba escondido y puso allí las joyas, unas sobre otras, amontonadas. Luego anudó el pañuelo.

Volvió a cerrar la caja fuerte y a colocar en su sitio el cuadro de la abuela.

Ya se disponía a salir, cuando su cuerpo sufrió una sacudida. Acababa de oír un ruido a sus espaldas. Acababa de comprender, pues, que no estaba sola.

Se volvió.

Vio a Oscar, el joven ciego. Estaba allí, de pie, mirando hacia ella.

—¿Quién eres...? —le oyó preguntar, mientras extendía sus manos hacia adelante, hacia el vacío.

Helene no respondió, y quedó mordiéndose los labios. Si permanecía callada, Oscar no podría saber que era ella quien estaba allí. Ante los ojos de Oscar sólo habían tinieblas.

—Estaba sentado en ese sillón de alto respaldo —dijo Oscar—. Por eso no debes haberme visto. ¿Quién eres...?

Helene siguió sin responder, quieta. ¡Maldito ciego, cómo se lo estaba complicando todo! Pero, bueno, no debía ponerse nerviosa. Puesto que no veía que era ella, ¿a qué preocuparse?

Decidí salir de la biblioteca-despacho, huir de aquella presencia que podía llegar a significar un gran riesgo.

Pero antes de alejarse del lugar en que estaba, Oscar llegó hasta allí, y tendiendo de nuevo sus manos hacia adelante, hacia el vacío, se puede decir que casi la acorraló.

De este modo, Helene se vio alcanzada por las manos del ciego. Unas manos que, por un momento, rozaron su escote.

Sólo por un momento, pues Helene dio un respingo, esquivó aquel toque y ya sin más huyó de la estancia. Pero aquel momento fue suficiente para que los sensitivos dedos del ciego se percataran de que en aquel escote había un lunar...

Ya fuera de allí. Helene recuperó el aliento perdido y de nuevo fue dueña de sí misma. Un minuto después se dirigía hacia donde estaba el cadáver de su abuela.

Aún permanecían allí Carrol, Virginia y Maud.

Pero no tardaron en irse y entonces la hermosa Helene se quedó a solas con la muerta.

Era esto lo que buscaba, lo que pretendía.

Entonces, se acercó al ataúd y, tras asegurarse de que nadie la veía, escondió el pañuelo con las joyas en el hueco de una de las holgadas mangas del vestido de la muerta.

Después musitó:

—Guárdamelas bien, abuela. Ya iré por ellas.

CAPITULO II

Joel Caffrey acababa de recibir en su despacho a la muchacha de atractivo rostro, de rizada melena y de espigada figura.

—Mi nombre es Valerie Burnett...

Había acudido allí en busca de un detective privado. Había llegado a la conclusión de que hacía falta que alguien interviniera seriamente en aquel asunto. .

Ya antes de empezar a hablar, Valerie pensó que había acertado eligiendo, al azar por cierto, a aquel detective joven y alto, de acusadas y viriles facciones. Tenía todo el aspecto de saber su oficio.

—Verá usted... —empezó diciendo.

Le explicó cuanto había sucedido y lo hizo, desde luego, lo más detalladamente posible, esforzándose porque nada, ni el más leve detalle, quedara omitido.

—Y así, sin más que añadir —concluyó Valerie—, pongo el asunto en sus manos.

Joel Caffrey tenía los reflejos muy rápidos. Tanto para sacar conclusiones, como, si la ocasión se terciaba, para disparar su pistola. Pero el asunto acababa de empezar y se limitó a pronunciar estas palabras.

—Bueno, dígame exactamente lo que desea de mí —y antes de que Valerie respondiera—. Desea, ante todo, que de con el paradero de esas joyas, ¿no es eso?

—Ante todo no... —especificó la muchacha—. Lo primero que yo deseo saber es si fue realmente casual el hecho de que se abrieran solas las ventanas del dormitorio de mi abuela. No termino de verlo claro.

—Como que no lo está —sentenció Joel Caffrey—. Si sólo se trata de una ventana, podría darse la circunstancia de que hubiera sido mal cerrada y de que el aire de la noche la abriera. Pero dos ventanas mal cerradas, evidentemente son demasiadas. Por cierto, ¿quién las cerró?

—Mi abuela solía asegurarse cada noche antes de acostarse de que estuvieran cerradas —dijo Valerie—. Era muy cuidadosa y metódica.

—De acuerdo. A propósito, ¿quién pudo sacar las joyas de la casa? ¿Acaso sus primas?

—No —repuso la muchacha—, ninguna de ellas pudo hacerlo. El entierro se efectuó después, pero había empezado a llover torrencialmente y tanto mis primas, como Oscar, como yo misma, decidimos quedarnos. Tampoco salió de la casa el señor Sand, el administrador, se sintió indispuesto. En fin, lo cierto es que nadie dejó la casa.

—¿Quién encabezó la comitiva del entierro? —quiso saber Joel Caffrey.

—Vincent Gunn, el novio de mi prima Helene, y Cecil Goddart, un muchacho que está muy enamorado de mi prima Maud. Pero ninguno de los dos entró en la casa. Esperaron fuera.

—Sin embargo, las joyas se han esfumado.

—Sí —Valerie había de añadir—. Llamamos a la policía, llegó el inspector y dos de sus hombres, buscaron en los lugares más inverosímiles, pero nada, las joyas no aparecieron.

—Según dijo Oscar fue una mujer quien…

—Sí, apenas salió Oscar de la biblioteca despacho, muy alterado, huelga decirlo, afirmó sin lugar a dudas que una mujer, aunque no sabía quién, había sido la persona que acababa de abrir la caja fuerte. Así que llegó el señor Sand pudimos constatar que las joyas, en efecto, no estaban allí. Sólo quedaban los estuches vacíos.

—Por todo lo que me ha dicho antes y me reitera ahora —repuso Joel Caffrey— las joyas no pudieron, en buena lógica, salir de la casa.
—No.

—Pero, bueno —quiso puntualizar—. ¿Qué me dice de la servidumbre? Tal vez alguno de sus componentes…

—Había pensado en eso —reconoció Valerie—, pero me he visto obligada a desestimar la sospecha. Nuestras dos sirvientas son unas excelentes personas, de las que no cabe desconfiar. No cabe en absoluto, se lo aseguro. —Pero alguna explicación debe haber…

—Sí, claro, y por eso estoy aquí. Espero que usted investigue y me lo aclare todo. Al decirle todo, me refiero también a la muerte de mi abuela.

—Comprendo.

—Para facilitarle la misión, puede usted ir a nuestra casa situada cerca de la localidad de Sandtton y pasar allí los días que considere oportunos. —¿Qué opinarán sus primas de mi presencia?

—Ninguna se atreverá a objetar nada. Todas, pues, darán como buena mi idea. —Falta que aclaremos ciertos pequeños detalles —pero Joel Caffrey había ironizado—: De los pequeños detalles están forjadas las grandes verdades. Dígame, ¿quién ha heredado a su abuela?

—Mis primas, Oscar y yo. A partes iguales. —Entonces, ¿la casa es ahora propiedad de todos?

—Sí —afirmó Valerie—, nos pertenece por igual. Incluso, en cierto modo, al señor Sand, el administrador. Una cláusula del testamento exige que siga viviendo bajo nuestro techo, con idéntico sueldo y atribuciones. —Por lo visto su abuela le apreciaba mucho. —Sí, mucho.

—En cuanto a dinero contante y sonante, ¿cuánto dejó su abuela?

—Lo suficiente para que sus seis herederos podamos

considerarnos decorosamente ricos —reconoció Valerie.

—Bueno, más o menos ya sé ahora a qué atenerme, señorita Burnett. Pero qué digo, eso de señorita Burnett no termina de sonar bien. Prefiero llamarla Valerie... ¿Me lo permite?

Joel Caffrey le había dedicado un gesto simpático y una sonrisa franca y abierta, y la muchacha no pudo menos de sentir. Luego le preguntó. —¿Cuándo empezará...?

—Tengo un trabajo pendiente —dijo él —. Un marido poco dado a las relaciones sexuales, que teme, cuando al parecer ya es tarde, que su esposa se haya consolado en otra cama. Pero hoy lo dejaré ya todo arreglado, así que podré empezar mañana mismo. ¿Le va bien?

—Muy bien. Aquí tiene mi dirección —y Valerie le entregó una tarjeta — . Si surgiera algún inconveniente o algo así, hágamelo saber. Aquí tiene anotado el teléfono. —No se preocupe, no faltaré. A eso de mediodía me tendrá por allá.

—En cuanto a sus honorarios —repuso la muchacha— sin duda desea algo por adelantado.

—Soy un detective caro cuando me contrata una dienta fea. Pero usted es muy guapa, Valerie, así que me veré obligado a cobrarle barato. Pero de una forma o de otra, nunca cobro por adelantado. Cobro simplemente cuando he concluido con éxito mi misión.

Porque, sépalo —sonrió Joel Caffrey—, yo nunca fracaso.

* * *

Pero mientras Valerie, en la ciudad, intentaba que aquel asunto llegara a esclarecerse, en la localidad de Sandtton sucedía algo más.

Y sucedía, exactamente, en la casa de perfiles elegantes, casi regios, cuya contemplación sorprendía a cuantos transitaban por aquellos lugares.

Cecil Goddart, un muchacho que había pedido media docena de veces a Maud que se casara con él, permanecía junto a uno de los ventanales del comedor de la casa y miraba hacia el exterior. Hacia la zona de las lagunas cenagosas, perdida y difuminada entre las nieblas.

—¿Le pasa algo? —le preguntó el señor Sand. —Sí, sí... —dijo—. No, no... —corrigió. —¿En qué quedamos? —el señor Sand se había dado cuenta, perfectamente, de que el muchacho estaba pasando un mal momento.

—Bueno, es que... —pero se interrumpió, más asustado que otra cosa.

¿Qué le había sucedido a Cecil Goddart? ¿A qué se debía su estado de ánimo?

Normalmente era un muchacho tranquilo y sereno.

La explicación era sencilla. Apenas llegó a la casa, Oscar se

empeñó en hablar con él, asegurándole que debía decirle algo de suma importancia. —Pues dímelo.

—Aquí no —le contestó el ciego.

Este le condujo hasta su propio dormitorio. Allí nadie les oiría y podrían hablar sin afrontar riesgos.

—¡Cuánto suspense! —Cecil Goddart casi se rió.

—Voy a sincerarme contigo —dijo Oscar a continuación—. Si no tuviera una absoluta confianza contigo, me callaría... Pero sé que puedo confiar en ti... —Claro que sí.

—Al extender las manos hacia adelante y tantear frente a mí, rocé el escote de una mujer, ¿sabes? Me estoy refiriendo, claro está, a la mujer que abrió la caja fuerte y se llevó las joyas...

—¡Ah!

—Y entonces reparé en algo. En algo que puede hacer fácil su identificación. Como verás, la cosa no es para tomarla a broma.

—Cuenta, cuenta... —y Cecil Goddart acababa de comprender que la dichosa historia de las joyas volvían a cobrar una viva e hiriente actualidad.

—Como te decía, al rozar su escote... —pero el cielo se detuvo inquiriendo a continuación —: No hay nadie aquí, ¿verdad?

—Sólo tú y yo. Puedes estar tranquilo.

—Pues como te decía, al rozar su escote me di cuenta de que allí tenía un lunar... Sí, eso es seguro, las yemas de mis dedos poseen una extrema sensibilidad y captan en seguida...

— Entonces —repuso Cecil Goddart—, la ladrona...

— La ladrona —ratificó Oscar— tiene un lunar junto al escote. Ahora te corresponde a ti, que tienes vista, fijarte cuál de ellas... Sí, me refiero a Helene, Valerie, Carrol, Virginia y Maud... No, no creo que sea Maud —añadió queriendo tranquilizar al muchacho—. Pero sin duda es una de ellas y...

— Me fijaré en lo que has dicho —aseguró Cecil Goddart.

—Debes hacerlo. Depende de ello que...

La conversación no se alargó más, concluyó en este punto. Una de las sirvientas llamó a la puerta haciéndoles saber que les esperaban abajo.

Cecil Goddart se apresuró a descender la escalera, creyendo que Maud le había mandado llamar.

Desde luego, estaba seguro de que Maud no tenía ningún lunar en el escote. De tenerlo él se hubiera fijado.

Como fuera, ahora se fijaría mejor en ese detalle. Sumamente significativo, puesto que Oscar le había puesto al corriente de los hechos.

Pero al llegar a la planta baja, Cecil Goddart no se encontró con Maud. Por lo visto la muchacha aún no había terminado de arreglarse.

Fue entonces, estando en el comedor, cerca del ventanal orientado hacia las lagunas cenagosas, cuando el señor Sand, el administrador, le había dirigido la palabra preguntándole qué le pasaba.

Ahora volvió a hablarle.

— Le noto muy agitado… Sin duda demasiado… Si le ocurre algo y me lo cuenta, quizá yo…

El joven pensó que tenía que controlarse, de lo contrario todos iban a darse cuenta de que sucedía algo anormal. ¿O acaso debería sincerarse con el señor Sand?

Pero Helene apareció de pronto e intervino, cortando en seco la posibilidad de que el señor Sand le tendiera una mano.

— Maud te está esperando. Anda, ven —y cogiéndole del brazo sacó de allí al muchacho después de echar una mirada poco piadosa al hombre que «sabía» que estaba enamorado de ella.

Ya fuera del comedor, Cecil Goddart preguntó:

—¿Y Maud? Has dicho que me esperaba… No la veo por ninguna parte…

—Está de mal humor, no quiere bajar —dijo Helene. y sus ojos verdes lanzaron unas mal contenidas chispitas—. Yo de ti me iría y volvería en cualquier otro momento.

—Creía que me estaba esperando… —se quejó.

Miraba el escote de Helene. Sin embargo, no pudo ver el lunar. La muchacha llevaba un jersey de cuello alto.

—El señor Sand no tiene por qué enterarse si Maud está o no de mal humor, por eso, delante de él, no te he dicho la verdad —repuso Helene—. Es sólo un asalariado nuestro.

—No le tienes mucha simpatía…

—Ninguna.

—¿Por qué?

—No es una buena persona —aseguró.

—¿No…? —se extrañó Cecil Goddart.

—Créeme, es mejor que te vayas —Helene volvía a los mismo.

—Bueno, me iré —se resignó finalmente.

—Te acompaño hasta el coche —viendo que ya se iba le concedió una sonrisa.

Ya al volante de su vehículo, Cecil Goddart se despidió de Helene y dio a la llave de contacto.

Pudo coger el sendero que conducía hasta la carretera, pero optó, como solía hacer siempre, por acortar terreno por el camino de la derecha.

Ese camino llevaba hasta el cementerio y luego pasaba entre las lagunas cenagosas. Por ahí se llegaba rapidísimamente a la vecina localidad.

Pero ir por allí exigía cuidado y atención, pues un descuido podía

resultar caro. Las aguas cenagosas, fangosas, estaban dispuestas a tragarse, a engullirse, todo aquello que le cayera encima.

Sin embargo. Cecil Goddart era un buen conductor y no tenía por qué sentirse asustado por un recorrido que había efectuado ya en tantas ocasiones.

A los pocos minutos se acordó de una fiesta...

De eso no hacía tanto. Dos o tres meses antes de que falleciera la buena de la señora Burnett. En aquella ocasión Helene llevaba un vestido largo, de pronunciado escote. ¡Y sí, tenía un lunar en el escote! ¡Acababa de recordarlo perfectamente, con nítida claridad!

Ya sabía, pues, quién era la persona que se había llevado las joyas. Acudiría inmediatamente al inspector de policía. O mejor aún, telefonearía a Maud y de común acuerdo tomarían las decisiones pertinentes.

Pero, de súbito, Cecil Goddart sintió una terrible angustia. Una angustia que le oprimió el pecho hasta sentir como si se lo aplastaran.

Se trataba de que el coche no le respondía, de que había perdido el control del mismo, de que el volante giraba a su antojo, se le iba de las manos...

Por dos veces había querido parar, o al menos aminorar la marcha. Todo inútil. No lo había conseguido. El coche seguía disparado hacia adelante.

Pensó, que era una suerte que la niebla fuera escasa, algo poco frecuente ciertamente en aquella zona. Viendo con claridad el trazado del camino podría sin duda soslayar el riesgo.

Pero el riesgo estaba aquí y allá, a ambos lados del camino, a cada palmo de terreno, a cada curva, a cada desviación. Estaba en todas partes.

No podía ser de otra manera con un coche averiado.

Sucedió en aquel momento. El coche se despistó, las ruedas patinaron sobre el fango que había pretendido esquivar, y el morro del vehículo empezó a hundirse entre secos cañaverales. Estos orillaban una de las tantas lagunas cenagosas que pululaban por allí.

—¡Oh, no...! —exclamó Cecil Goddart lleno de horror.

Se dio cuenta de que no podía perder tiempo y alargó el brazo hacia el manillar. Tenía que abrir la portezuela y salir antes de que fuera tarde.

Pero cuando maniobró el manillar, el coche se había hundido ya varios palmos, así que el fango aprisionaba la portezuela. Intentó abrirla, pero no, todo fue en vano. La presión del lodo podía más.

Fue precisamente entonces cuando Cecil Goddart, en medio de su horror, comprendió que aquel accidente no había sido casual, sino provocado...

Pero, ¿provocado por quién? ¿Quién podía estar deseando su

muerte?

Como es lógico, no le hizo falta pensar mucho para que una sospecha, una certeza más bien, se le clavara dentro. ¡Helene! ¡Helene se había encargado de quitarle de en medio!

Sin duda había oído cómo Oscar le hablaba del lunar que tenía en el escote.

En cuanto a cómo Helene debía habérselas arreglado, sin duda lo había tenido fácil. Entendía de coches, de motores. A menudo, bromeando, decía que ella podía haber sido un buen mecánico.

Se había empeñado en que se fuera de la casa. Claro, había dado por descontado que regresaría entre las lagunas cenagosas. Siendo así, su final era de presumir...

¡Sí, había sido Helene! En el suelo del coche, a los pies del asiento, había un pañuelo de ella. Sin duda se le había caído y no se había dado cuenta. Sí, sí, era de ella. Acababa de recogerlo y de ver sus iniciales.

Crispó el pañuelo en su mano. Luego quedó con la mirada desorbitada y los ojos desencajados. Estaba viendo cómo por la ventanilla de la izquierda, que tenía el cristal medio bajo, el lodo empezaba a colarse...

Insistió en el manillar. Insistió desesperadamente. Nada, imposible impulsar la portezuela hacia fuera.

Sólo quedaba una alternativa. Salir por la ventanilla.

Bajaría del todo el cristal y por allí...

Pero de nuevo llegó tarde. Cuando hubo descendido el cristal, el fango, en trompa, entró por la abertura obligándole a echarse hacia el lado opuesto del coche.

El fango, instantes después, le llegaba a las rodillas. Al poco, a la cintura.

El coche estaba ya medio hundido en la laguna.

Y seguía hundiéndose...

Como asimismo seguía entrando el barro, ahora lenta pero inexorablemente por la ventanilla abierta.

Al poco el fango le llegaba ya a los hombros.

Quiso cerrar el cristal para detener el avance del lodo. Pero el cristal se negó a subir, se había encasquillado.

Cecil Goddart no podía hacerse ilusiones. La horrible realidad no le daba opción a ello.

Tenía que haber sido idiota para esperar que algo o alguien le salvara.

Pero amaba la vida y no se resignaba a morir. ¡Además, aquella muerte tan atroz, tan espantosa!

El lodo alcanzaba ya su cuello.

Se le ocurrió arrodillarse en el asiento para colocar su cabeza lo

más alta posible, la boca pegada al techo del coche. El fango aún no había llegado allí. Pero sólo faltaban unos centímetros... El coche siguió hundiéndose en la laguna.

Cecil Goddart crispó desesperadamente el pañuelo de Helene en sus manos. El fango siguió entrando.

Un rato después el coche había desaparecido en la laguna. Como si nada hubiera pasado.

CAPITULO III

La presencia de Joel Caffrey fue bien aceptada, muy bien aceptada, por los componentes de la casa. Se alegraron de tener allí a alguien dispuesto a investigar en el asunto de las joyas.

Pero Joel Caffrey nunca se había fiado de las apariencias, porque sabía por experiencia que a menudo no son más que un engañabobos.

—Has tenido una buena idea —aseguró Helene mirando a su prima Valerie, y sacando a relucir una de sus más atrayentes sonrisas.

Por dentro le iba la preocupación. Le hubiera gustado que el detective siguiera en su despacho, en la ciudad, muy lejos de aquella casa. Todo le había ido bien, perfectamente, hasta entonces.

Joel reparó detenidamente en todos ellos. En el señor Sand, el administrador de la familia, un hombre que parecía poca cosa, o parecía, más bien, acomplejado, tal vez porque no contaba en modo alguno, saltaba a la vista, con las simpatías de Helene, la mayor y más hermosa de aquellas muchachas. Aunque era la suya una clase de belleza que a Joel no le atraía.

De Valerie, la muchacha de atractivo rostro, de rizada melena y de espigada silueta que le había contratado, seguía pensando lo mismo que el día antes. Era encantadora.

Respecto a Oscar, el joven ciego, era difícil sacar una conclusión decorosamente válida. Algo en él daba la sensación de no ser natural. Aunque resultaba aventurado presumir qué.

En cuanto a Carrol, Virginia y Maud se refiere, el detective pensó que debía analizarlas con calma. Pero vio que Maud estaba muy alterada y le preguntó:

—¿Le sucede algo?

—Sí —asintió ella sin esperar más, a punto de echarse a llorar.

—¿De qué se trata? —la veía propensa a hablar, a contar algo, así que el detective no quiso perderse la ocasión.

—Cecil Goddart ha desaparecido —repuso Maud—. Ayer vino aquí, a verme, pero yo estaba de mal humor y...

—Y me pidió a mí —prosiguió Helene— que le dijera que se fuera.

—¿Y se fue...? —preguntó Joel.

—Sí —dijo Maud—, y desde entonces no se ha sabido nada más de él. Temo que le haya pasado algo.

—¿Qué iba a pasarle?

—Cuando sale de aquí, no lo hace por el sendero que lleva a la carretera —le hizo saber Helene—. Suele ir por el camino que conduce al cementerio y que más allá cruza las lagunas cenagosas. De eso que

Maud esté preocupada.

—Comprendo —y Joel se limitó a este comentario, aún era pronto para obra cosa.

—Oí el ruido de su coche al arrancar —intervino Oscar, tras carraspear varias veces—. Yo diría que... que... —pero no terminó la frase.

—¿Qué es lo que diría usted...? —preguntó Joel.

—Que el motor no estaba en condiciones, algo marchaba mal... Debe ser porque carezco de vista —aclaró Oscar— pero tengo el oído muy sutil y capto en seguida...

—Sin embargo —añadió el señor Sand, tras habérselo pensado un poco—, cuando llegó el coche funcionaba muy bien. Ante la casa hizo una maniobra perfecta.

—¿Desde cuándo entiende usted de coches, señor Sand? —le menospreció Helene.

—Entiendo algo, lo suficiente para un apuro —se defendió el señor Sand. Este añadió—:

Pero no tanto como tú, Helene... Esto ya lo sé...

Helene, con sus preciosos ojos verdes, le lanzó una mirada fría como un témpano.

—Como sea —repuso Joel, que por descontado captó aquella mirada—, lo malo es que haya podido sufrir un accidente en alguna de las lagunas, ¿no es eso?

—Sí —dijo Maud—. Al menos es lo que yo temo.

—Telefoneará en cualquier momento —opinó Carrol—, Maud no le trata a veces demasiado bien, ¿sabe usted? Debe estar un poco molesto por ello y...

Luego hablaron de otras cosas, generalizándose la conversación.

Mientras tanto tomaron unos *brandys*, que les sirvió una de las sirvientas, la más joven. La de más edad se limitó a llevar un par de ceniceros.

Ambas mujeres tenían aspecto de buenas, de excelentes personas. Tal como Valerie había dicho, no cabía ciertamente desconfiar de ellas en ningún sentido.

—¿Esta casa la mandó edificar la señora Burnett? —preguntó Joel en cierto momento de la charla.

—No —contestó en esa ocasión el señor Sand—, la compró a un comerciante, de eso hace ya más de cuarenta años. El comerciante, que estaba arruinado, se la vendió a buen precio. Pero, claro, no es de extrañar que se la diera un poco barata, esta casa no está edificada en un buen lugar. Eso de i tener tan cerca el cementerio y las lagunas cenagosas... Pero a la señora Burnett eso no le importó. Decía que el sendero principal llevaba directamente a la carretera y que con no ir por ese otro lado...

En aquel momento llamaron a la puerta y una de las sirvientas fue a abrir.

Era Vincent Gunn, el novio de Helene. Un hombre joven, rubio, guapo, irreprochablemente vestido.

Cuando le presentaron a Joel Caffrey, el detective que iba a intentar aclarar el asunto de las joyas desaparecidas, arrugó la nariz.

Luego comentó:

—Esas joyas no las encuentra usted ni nadie.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Joel.

—Alguien las robó —dijo Vincent Gunn—, y resulta evidente que, quien sea que lo hiciera, se habrá encargado de dejarlas a buen recaudo. Donde, por descontado, no llegue la suspicacia de un detective.

—¿Desconfía usted de alguien? —quiso saber Joel.

—No —aseguró.

—¿Está seguro... ? —insistió.

—Si sospechara de alguien —hizo constar—, me habría faltado tiempo para informar a la policía. Hágase cargo, Helene es mi novia, y nadie le disgusta una novia rica, ¿no cree usted?

—Supongo que no —admitió Joel.

—Y hubiera sido rica, muy rica —observó Vincent Gunn—, con la sexta parte del valor de esas joyas. Pero alguien ha sido más listo, porque indudablemente lo ha sido...

—Si ha sido listo o no eso se verá al final —le interrumpió Joel.

—¿Cuando usted le descubra? —preguntó Helene—, Esperemos que sea pronto.

—No hay prisa —observó por su parte Valerie—. Con tal que todo se aclare... También la muerte de la abuela...

—Vuelves a lo mismo —le reprochó Carrol—, y es absurdo que sea así. La abuela debió cerrar mal las ventanas, el aire de la noche las abriría y...

—Claro, así fue sin duda —replicó Virginia.

—Pensar de otro modo sería dar por sentado —manifestó Maud— que bajo este techo vive un asesino...

—Una asesina —corrigió el señor Sand.

—Sí, claro —asintió Oscar—, lo lógico es suponer que la misma mujer que sacó las joyas de la caja fuerte fue la que...

—Por favor —repuso Vincent Gunn—, ¿a qué volver a todo eso si las joyas deben estar ya a más de cien kilómetros de aquí?

—Quizá no tan lejos —añadió Helene con increíble sangre fría.

—Todo será inútil —sentenció Vincent Gunn—, Pero, en fin, inténtelo... —miró al detective—. Ojalá se salga con la suya.

—Confíe en mí.

* * *

Lo había dicho con un tono tan seguro, tan convencido, que Helene empezó a ponerse nerviosa, muy nerviosa.

¿Y si a Joel Caffrey se lo ocurría pensar que las joyas podían haber salido de la casa metidas en el ataúd de la abuela? ¿Y si deducía que aún podían estar allí?

Helene se pasó todo el día con estas dos preguntas martilleándole el cerebro.

Hasta entonces había fingido de maravilla. Lo había hecho tan bien, que ella misma se había dicho más de una vez que como actriz hubiera podido ganarse la vida.

Pero desde que Joel Caffrey estaba allí, la verdad es que todo era diferente. Al llegar la noche decidió tomarse un sedante. Si no lo hacía se pasaría la noche dando vueltas y sin conseguir conciliar el sueño.

Pero ya con el sedante en la mano, Helene se dijo que lo mejor sería actuar, anteponiéndose a las posibles sospechas del joven detective. ¿Por qué no?

Se lo estuvo pensando un rato y acabó optando por salir de la casa cuando todos estuvieron dormidos.

En realidad, estaba perdiendo los nervios de un modo sumamente peligroso. A eso de las doce y media, tras ponerse unos pantalones de pana y un jersey de gruesa lana, y tras coger uno de sus bolsos, colgándoselo del hombro, descendió la escalera. Luego se fue eh busca de un pico y de una linterna eléctrica. Seguidamente salió por la puerta trasera, encaminándose hacia el cementerio.

Hacía frío, y la niebla era espesa, compacta, tanto que apenas se veía a algunos metros de distancia.

Otra muchacha hubiera sentido reparos en adentrarse entre la oscuridad con la sola ayuda de aquella linterna. Otra muchacha se hubiera sentido temerosa de que algo anormal pudiera sucederle. Pero Helene no temía a nadie, a no ser a ese detective que podía echar por tierra toda la astucia que hasta entonces había desplegado.

Sin embargo, a Joel Caffrey ya no le temería, en absoluto, en cuanto hubiera escondido las joyas en un lugar mejor.

¿Mejor?

Hasta entonces había considerado que el ataúd de la abuela era el sitio más idóneo, más seguro.

Ahora ya no pensaba así.

Por descontado, haría bien sacando las joyas del lugar en que ahora estaban y escondiéndolas en otra parte.

¿Dónde? Aún no lo sabía. Ya se le ocurriría.

No tardó demasiado en llegar al pequeño y humilde cementerio acotado por una tapia no demasiado alta y con abundantes hendiduras

entre sus ladrillos. Lo que le permitió saltarla sin excesivas dificultades. Para eso era joven y ligera.

Ya atrás la tapia, siguió adelante, por la senda que conducía hasta la tumba de su abuela. No se desorientó. Sabía que allí cerca crecían unos cipreses y que éstos recortaban su silueta en lo alto.

La niebla y la oscuridad no le permitían distinguirlos demasiado bien, pero fue un estimable punto de referencia.

Ya allí, Helene puso manos a la obra. Se trataba de levantar la losa de mármol. Sólo entonces tendría el ataúd a su alcance.

Antes, no obstante, de empezar a darle al pico, la muchacha sintió un escalofrío. Sin duda el silencio era sobrecogedor, encogía el ánimo, achicaba el espíritu. Pero ella no era ninguna pusilánime.

Miró a su alrededor. Estaba sola y podría trabajar sin temor a nada.

Intentó controlar su escalofrío, en realidad aún le estaba culebreando por el cuerpo.

Acto seguido dejó la linterna apoyada en una piedra. Su luz quedó dando de lleno sobre la losa de mármol. Perfecto.

Empezó a trabajar.

Con fuerza, con arresto. Tenía que dejarse de manías si quería conseguir sus propósitos. Y una media hora después había conseguido, sino levantar la losa de mármol, sí arrastrarla de su sitio, dejando a la vista el ataúd.

Ahora debía abrir el ataúd. Pero esto sería ya mucho más sencillo. Para la losa había tenido que sudar, aquello era el trabajo de un hombre. Lo del ataúd resultó mucho más fácil. Desde luego que sí. De ello que pocos minutos después levantara la tapa...

Helene sufrió una fuerte sacudida, una violenta convulsión. Como si un cable eléctrico le hubiera dado en mitad del cuerpo, queriendo partírselo en dos.

Y en realidad no acababa de ver más que aquello que era lógico que viera. El cadáver de la abuela estaba en franca descomposición. Lo que equivale a afirmar que la putrefacción de aquel cuerpo, de aquella carne, era total, absoluta. Por ello los gusanos merodeaban por allí a sus anchas, en jubiloso festín.

Al quedar la tapa alzada, emanó un olor pestilente, nauseabundo. Una emanación tan fétida, tan repugnante, que aquello resultaba casi imposible de soportar. Helene, instintivamente, retrocedió...

¡Aquellos espeluznantes gusanos y aquella peste tan horrenda!

En seguida, sin embargo, pensó que no podía vacilar. Tenía que seguir adelante con su tarea.

Así que, tras cobrar aliento en medio de aquel olor pestilente que daba ganas de vomitar, se acercó de nuevo al ataúd. Y avanzó sus manos hacia el lugar donde dejó el pañuelo con las joyas.

Allí lo encontró, si bien tuvo que zarandearlo para que los gusanos se despegaran de la tela. Una tela medio rota, casi podrida.

Al zarandear el pañuelo, movió sin darse cuenta uno de los brazos de la muerta y la carne se despegó, quedando a la vista los huesos cúbito y radio.

Helene estuvo a punto de soltar un grito, sobre todo, desde luego, cuando le pareció que la muerta profería un gemido.

Pero su abuela no había podido gemir. Estaba muerta, y bien muerta. Después de ver su cuerpo en corrupción no cabía ponerlo en duda.

Ya con las joyas en la mano, Helene se preguntó dónde podría esconderlas. La respuesta le surgió rápida, allí, al pie de la tumba.

Le bastaría hacer un agujero en la tierra, meter las joyas en su bolso y taponar seguidamente. ¿Y si alguien encontraba el bolso?

La respuesta resultaba obvia. Ella era su propietaria. Tal hallazgo le resultaría sumamente comprometedor.

Helene estaba actuando bajo una viva excitación, más aún desde que sus ojos habían contemplado el cadáver de su abuela, así que apenas se detuvo a reflexionar.

Ahora bien, ¿cómo iba alguien, quien fuera, a imaginar que allí había algo enterrado? Imposible. Totalmente imposible.

Claro que, al hacer el agujero y luego taponarlo, quedó la huella de la tierra removida. Pero, bueno, eso no debía preocuparle. Amenazaba lluvia. Incluso empezaban ya a caer las primeras gotas. Cuando lloviera, pues, toda huella quedaría borrada. Podía darlo por seguro. Se disponía a cerrar de nuevo el ataúd, cuando Helene oyó un ruido. Supo que no estaba sola. Supo que alguien había allí.

Sin atreverse a alzar la mirada, se quedó inmóvil durante más de un minuto. Luego levantó la mirada, sí. Tenía que hacer frente a lo que fuera. No le quedaba otro remedio.

El ruido había sonado a unos cinco metros, muy cerca de donde crecían los cipreses. Pero no vio a nadie, de momento al menos. Las sombras y la niebla, como fundidas en una, como abrazadas, formaban una impenetrable cortina.

Pero la cortina pareció aclararse, o descorrerse, cuando la persona que había hecho aquel ruido adelantó un par de pasos. Sólo un par de pasos. Resultó suficiente. Entonces Helene pudo darse cuenta de quién era. —Carrol... —murmuró.

—Sí, soy yo —respondió la aludida con tono socarrón—. Hace tiempo que te vigilo, ¿sabes? A mí no has podido engañarme.

La hermosa Helene no esperaba verse descubierta, así que la presencia y las palabras de su prima le cayeron como una ducha fría. Pero se vio capaz, sobradamente capaz de salvar la situación.

No obstante, antes de que Helene hablara, lo hizo Carrol con el

mismo tono de antes.

—Fue una buena idea esconder las joyas en el ataúd de la abuela. Pero, dime, ¿cómo averiguaste cuál era la combinación de la caja fuerte? Bueno, no hace falta que me lo digas. Lo importante es que las joyas están aquí, ahora enterradas en la tierra, dentro de tu bolso, y que tú vas a conformarte con la mitad de ellas... La otra mitad va a ser para mí...

—Sí, claro, nos las repartiremos —asintió Helene, rápida, casi precipitadamente en su respuesta—. Hay suficiente para las dos.

Debía impedir que hablara. Debía impedirlo como fuera.

Pero no, no a costa de darle la mitad de las joyas. Pedía demasiado. Todo lo había hecho ella. A ella exclusivamente, pues, le correspondía el tesoro.

Sin embargo, ¿de qué modo podría hacer callar a Carrol? No iba a ser nada sencillo.

Carrol miraba con recelo, con desconfianza, no fiándose nada de su prima. Cosa lógica, si había acabado con la vida, de la abuela, resultaba fácil imaginar que no tendría excesivos remilgos, si la cosa se terciaba, en acabar con la suya.

—No te esperabas mi presencia y me hago cargo de que no te gusta... —dijo Carrol seguidamente—. Pero te he descubierto y debo aprovecharme de ello.

—Naturalmente —dijo Helene, y empezó a acercarse a su prima — . Yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

—¿De veras...? —y el tono de Carrol se hizo aún más socarrón.

Helene siguió avanzando hacia ella.

Pensaba que si la tenía cerca podría coger una piedra y darle en la cabeza. Si lo hacía de forma rápida e inesperada, y a la vez con fuerza, los resultados podían ser sin duda los apetecidos.

No hizo nada. En aquel momento Carrol enloqueció la mirada y lanzó un cuchillo.

Siguiendo la dirección de su mirada, Helene dirigió sus ojos hacia la tumba de su abuela.

Helene, entonces, se puso a jadear.

El cuerpo de la abuela, en franca y total descomposición; se estaba incorporando dentro del ataúd. En cuanto a uno de sus brazos, también se había alzado.

—No, no es posible... —musitó Carrol, tambaleándose como una ebria.

—No, no... —murmuró a su vez Helene, también tambaleándose, aunque menos.

No era posible apreciar con claridad, desde donde ellas dos estaban, cómo y cuándo se había incorporado el cuerpo de la abuela dentro del ataúd.

Pero lo había realizado, esto era un hecho evidente. Aunque un hecho que no tenía explicación. Parecía más bien una alucinación de quienes miraban.

Sin embargo, de alucinación nada. Allí estaba el cuerpo de la abuela, incorporado, con el brazo extendido.

Se dieron cuenta unos pocos instantes después. La diestra de la abuela empuñaba una pistola.

—¡Oh...! —Carrol se sintió tan asustada, tan aterrorizada, que ni supo lo que experimentaba.

Helene, no obstante, se sobrepuso pronto a la impresión recibida. Si la abuela sujetaba una pistola, ahí tenía, a su alcance —no tenía porque pensarlo más—, la manera fácil de acabar con su prima. Le bastaba quitar la pistola a su abuela, empuñarla ella, apuntar a Carrol y apretar el gatillo...

Pero, ¿de dónde habría salido aquella pistola? ¿Qué explicación razonable, plausible, podía darse a aquello?

Helene no quiso dilatarse en reflexiones para las que luego ya tendría tiempo. Fue directamente hacia la tumba, hacia el ataúd, y ya allí le arrebató la pistola al cuerpo en descomposición.

Un cuerpo que volvía a estar echado a lo largo del ataúd. Como si el esfuerzo realizado le hubiera extenuado más allá de lo previsible.

Helene cogió la pistola, decididamente, y ya con ella apuntó a Carrol.

—¿Qué haces...? —inquirió ésta, y al ver las intenciones de su prima, el miedo, el horror sentido instantes antes no fue nada comparado con lo que experimentó ahora.

—Voy a matarte —dijo Helene—. Me estorbas... Quiero que todas las joyas sean para mí...

—Puedes quedártelas —repuso Carrol, tartamudeando—. Pue...des quedártelas, claro que sí... Yo no las necesito para nada... Me basta con el dinero que nos dejó la abuela...

No pudo proseguir.

Helene apretó el gatillo y la bala salió de la pistola.

Una bala que fue a incrustarse en la frente de Carrol, entre su ceja derecha y su ceja izquierda.

Murió en el acto, cayendo hacia atrás.

Ya sin vida su prima. Helene se acercó a su abuela, o mejor dicho, a lo que quedaba de ella, y estuvo mirándola. Incluso dirigió hacia el rostro de la muerta el foco de luz de su linterna.

El cadáver no se movió, y acabó convenciéndose de que aquel cuerpo estaba sin vida.

Después se dio a la tarea de cerrar el ataúd y de colocar debidamente la losa de mármol. Se afanó en hacerlo bien, para que, si alguien iba por allí, no se diera cuenta de que aquello no estaba como

en su día lo habían dejado los sepultureros.

Claro que, si se daban cuenta, no por eso iban a desconfiar de ella. Cualquiera podía haber hecho aquello.

En fin, una vez ya todo a su gusto, Helene optó por regresar a la casa. Pero le sobraba el pico, y también la pistola, así que al salir del cementerio se encaminó hacia la más cercana de las lagunas. Allí echó la herramienta y el arma. El fango, claro está, se tragó ambas piezas.

Cuando llegó a la casa, todo permanecía en silencio. En un silencio absoluto.

CAPITULO IV

Al día siguiente se despertaron con los gritos que profería una de las sirvientas.

Un vecino de la localidad, había encontrado en el cementerio el cadáver de Carrol Burnett.

A partir de ese momento, Oscar fue la persona que se mostró más afectada.

Cierto que Virginia y Maud, como hermanas de la muerta, se echaron a llorar. Y cierto que ambas, entre sollozos, se empeñaron en avisar de inmediato a la policía. Alguien había asesinado a su hermana y había que encontrar al culpable.

Pero fue Oscar quien pareció temerse lo peor...

Desde luego, el inspector llegó poco después. Aunque la identidad del culpable, desgraciadamente, no fue descubierta. Ni asomo de ello.

—Confiamos en usted, inspector —dijo Helene, esforzándose por ponerse a tenor de las circunstancias.

Esforzándose, porque había dejado de ser la muchacha serena, segura de sí misma. Los nervios, que había empezado a perder con la presencia en la casa de Joel Caffrey, se le habían roto en el transcurso de la noche pasada.

¿Cómo no iban a rompérsele, después de ver cómo el cadáver de su abuela, descompuesto y agusanado, se incorporaba dentro del ataúd?

Podía haberse tratado de una mera alucinación a la que contribuyera la oscuridad y la niebla. Pero no, de ser una alucinación no hubiera aparecido una pistola en la mano de su abuela.

¡Y que aquella pistola era algo real, auténtico, no podía dudarlo! ¡Con esa pistola había matado a Carrol!

No, nada de todo aquello, pues, era un producto de su imaginación.

¿Pero qué explicación lógica, racional, sensata, tenía lo que sus propios ojos habían visto?

¿Acaso los muertos se mueven dentro de sus ataúdes? ¿Tal vez les es dado salir de sus recintos mortuorios?

Porque la abuela tenía que haber salido. ¿Cómo si no había conseguido aquella pistola?

Pero pensar de este modo era puro desvarío, una auténtica sinrazón. Lo sabía. Ni una loca pensaría eso.

La explicación era otra. Tenía que ser otra. Forzosamente. ¿Pero cuál...?

Le había dado tantas vueltas a la cabeza, que había acabado con

la mente turbada, con las ideas revueltas y con el pensamiento medio divagando.

Y se lo dijo a sí misma, como en una macabra cantinela:

«La abuela puede volver... La abuela puede volver...»

No, no, imposible. Los muertos se quedan donde se les deja. Dentro de sus tumbas. Dentro de sus ataúdes.

Pero entonces, ¿cómo explicarse lo de la pistola? ¿Y cómo explicarse que la abuela se incorporara en el ataúd?

Desde luego, cuando la miró bien, cuando enfocó hacia su rostro el foco de su linterna, estaba muerta, y descompuesta, y putrefacta.

Pero volvió a decírselo y a repetírselo:«La abuela puede volver... La abuela puede volver...»

Todas aquellas ideas le daban vueltas en la cabeza, como en un tiovivo. Pasaban unas y llegaban otras. Luego pasaban las otras y llegaban las primeras.

—Confiamos en usted, inspector —Helene se había oído a sí misma, casi no reconociendo su propia voz. —Haré todo lo posible —aseguró el policía. Seguidamente se fue.

Instantes después el señor Sand se acercó a Oscar. El joven ciego estaba tanteando en el mueble-bar. Necesitaba beber un par de whiskys.

—Esperaba que te sinceraras con el inspector —le dijo el señor Sand.

—¿Yo...? —inquirió Oscar—. ¿Sinceramente yo...?

—Creo que has hecho mal callando —insistió el señor Sand.

—¿Callando yo...? Yo no sé nada... nada... —y se metió- el doble whisky entre pecho y espalda, de un solo trago.

Joel Caffrey acababa de encender un cigarrillo, y tras despedir una bocanada de humo se acercó al joven ciego.

—¿Qué es en realidad lo que sabe usted? —le preguntó.

—Nada... ya he dicho que nada... —respondió, y de nuevo empezó a tantear en las botellas.

—Emborrachándose no va a solucionar su problema —le aseguró Joel.

—¡Tengo que defender mi vida! —exclamó Oscar—. Y de ningún modo la defenderé mejor que callando lo que sé...

—Entonces, ¿reconoce que sabe algo?

—¡Sí! ¡Sí! —lo afirmó de un modo arrebatado, mientras demostraba un miedo cerval por alguien que estaba allí, en aquella misma estancia.

—Pues si sabe algo, ¿a qué espera para decirlo? —Joel Caffrey le apremió.

—¡Nadie me sacará una sola palabra! ¡Nadie me sacará una sola palabra! —aseguró repetidamente, y lo hizo con el mismo tono

arrebatado. Luego agregó... Lo hago constar sí, para que no me haga daño la persona que... que acabó con la vida de la abuela, luego sacó las joyas de la caja fuerte y esta noche pasada ha matado a Carrol...

—Parece dirigirse a alguien de los que estamos aquí —el señor Sand se había dado cuenta de ello.

—Sí, en efecto.

Hubo un tenso silencio entre ellos, y una buena dosis de suspense. Con mayor y sobrado motivo puesto que allí, en la biblioteca despacho, estaban todos. No faltaba nadie.

—¿Quién es ese alguien a quien te diriges? —preguntó Maud.

—No lo sé —aseguró Oscar—. No lo sé porque soy ciego... Pero aunque lo supiera también callaría... Quiero seguir viviendo...

—Cecil ha desaparecido —dijo Maud —. Nadie sabe dónde está, nadie le ha visto últimamente. ¿Acaso hablaste con él de... ?

—Sí —afirmó Oscar—, hablé con él de eso... ¡Y estoy convencido de que ahora está muerto!

—Como lo está mi hermana Carrol... —musitó Virginia —. Sin duda porque también llegó a sospechar...

—Creo que estamos deduciendo a la ligera —intervino Helene—. Deberíamos no hacerlo así y dejar este enrevesado asunto en manos del señor Caffrey, para eso es detective.

—Me interesan las opiniones de los demás —observó Joel—. Por cierto —se volvió hacia el novio de Helene, Vincent Gunn, que en ese momento había aparecido en el dintel de la puerta de la biblioteca despacho —, ¿cuál es la suya?

—Acabo de llegar —contestó Vincent Gunn—, Por las sirvientas me he enterado de lo sucedido... No salgo de mi asombro...

—Pero, bueno, ¿cuál es su opinión? —le atosigó Joel. —Opino que el asunto de las joyas está trayendo cola, y todo esto me desagrada profundamente.

—¿Sospecha de alguien?

—Me lo preguntó ayer, ¿no? Le respondí negativamente. —De ayer a hoy ha podido...

—No vivo aquí —hizo constar Vincent Gunn—. Por lo demás, cuando las joyas desaparecieron yo no estaba en esta casa. Al margen de esto, ¿no quedamos en que fue una mujer quien...? Por lo menos así lo asegura Oscar...

—¿Lo sigues asegurando? —le preguntó Valerie, interviniendo por primera vez.

—Sí, sí —asintió Oscar—, Pero esto es todo lo que voy a decir. Quiero proteger mi vida. ¿Cómo tengo que decirlo para que se me entienda?

—Te entendemos —intercaló el señor Sand —. ¿Pero cómo sabes que callando vas a estar más seguro? Yo te sugiero que reconsideres la

situación. Bien mirado tenemos un detective en casa.

El detective se acercó al señor Sand, quien, verdaderamente, parecía estar esperando el ser interpelado.

—¿Me puede usted ayudar en algo, señor Sand? Como administrador de esta casa y persona de confianza de la difunta señora Burnett... —y sin más—. Dígame, ¿qué opinaba la señora Burnett de sus nietas?

—¿De cuál de ellas? —preguntó—. Son cuatro. Eran cinco.

—He pluralizado —puntualizó Joel.

—Con franqueza... —vaciló un poco, o sin duda más que un poco — no se fiaba demasiado de sus nietas. Por eso la señora Burnett y yo éramos los únicos que sabíamos la combinación de la caja fuerte.

—Si sólo ella y usted sabían cómo se abría la caja fuerte, ¿cómo se explica qué...?

—No me lo explico —aseguró el señor Sand.

—Me estaba diciendo que la señora Burnett no se fiaba demasiado de sus nietas. ¿Puede aclararme en qué se basaba para...?

—Era desconfiada —repuso el señor Sand, tras una pausa—. Por lo demás, estaba convencida de que sólo concediendo a sus nietas todos los caprichos habidos y por haber conseguiría retenerlas a su lado. Como de eso se trataba, pues las adoraba, no se cansaba de mimarlas. Pero al mismo tiempo, convencida de que la ambición de ellas podía llegar a ser excesiva, o peligrosa, como se prefiera, ocultaba celosamente sus joyas.

—¿De qué nieta se sentía más segura...? —preguntó Joel Caffrey —. ¿Lo sabe usted?

—Sí —contestó.

—Dígame de quién...

—Delante de ellas —vaciló el señor Sand, luego de mirar una a una a las muchachas— me resulta un poco violento.

—Es preciso que colabore —dijo Joel.

—Valerie era su preferida —terminó diciendo el señor Sand.

—¿Y su «no» preferida? —volvió a preguntar Joel.

El señor Sand se pensó la respuesta. Se la pensó tanto que dejó a todos propensos a recelar de la sinceridad de la misma. —No sabría decirle.

—¿De veras no sabría? En fin, dejémoslo en que sólo se fiaba de Valerie.

—Y de usted, señor Sand —subrayó Helene, queriendo que Joel Caffrey sospechara del administrador—, ¿se fiaba con razón? Esto es lo que a mí me gustaría saber.

— Mis libros de cuentas están al alcance de cualquiera, siempre lo han estado —le había molestado que se pusiera en duda su honradez. Le había molestado tanto, que hasta se sofocó—. Como

detective quedan a su disposición, señor Caffrey. Y con esto — miró a Helene— acabo de responder a tu pregunta.

— No has debido decir esto al señor Sand —dijo Maud a su prima. —Siempre te metes con él —le reprochó a su vez Virginia.

— Estamos todos nerviosos —manifestó Vincent Gunn, queriendo disculpar a Helene—. No vale la pena que nos tomemos en serio una palabra de más o de menos.

* * *

De momento no hablaron más.

Luego sí.

Joel Caffrey encontró a solas a Oscar y aprovechó la ocasión para ver de sonsacarle algo.

—Si me contara lo que sabe, yo le ayudaría —le dijo—. Con sinceridad, creo que le traería cuenta.

— No sé quién de ellas es... —repuso Oscar—. Ni creo que lo averigüe nunca... Como mis ojos no ven... ¡Maldita ceguera!

—Sincérese conmigo.

— Prefiero no hablar. Ya lo he dicho antes, en la biblioteca, ¿no? Sólo puedo añadirle una cosa, me dan ganas de irme de aquí y de no regresar hasta que todo se aclare. Sí, creo que voy a hacerlo —la idea, de pronto, le sedujo enormemente—. Telefonearé a una tía que tengo y si ella me acepta a su lado...

—¿No sería mejor —Joel volvió a la carga— que me lo explicara todo a mí?

—No, no...

Estaba convencido de que hacía bien callando, por lo que no hubo forma de que cambiara de parecer.

De este modo las cosas, Joel Caffrey se fue en busca de Vincent Gunn. No debía desanimarse a la primera, debía escarbar en todas direcciones.

El joven rubio, guapo, irreprochablemente vestido, no le puso trabas, aceptó aquella charla a solas. Y tardó poco en dejar constancia de cuál era exactamente su postura.

—Mire, será mejor que se lo diga —Vincent Gunn empezó así—. No pienso casarme con Helene.

—¿Ah, no...? —y Joel quedó a la espera de que su interlocutor prosiguiera.

—No. Pero se lo he dicho en plan confidencial, ¿eh? Ella no lo sabe todavía. Se lo diré así que encuentre un momento oportuno. Se preguntará por qué no voy a casarme con una muchacha tan guapa, ¿no es eso? Voy a responderle. Me atraía su dinero, o mejor dicho, el dinero que iba a heredar de su abuela. Sí. sí —admitió seguidamente

—, ha heredado de su abuela una cantidad de dinero nada despreciable. Pero yo, lo reconozco, contaba con la sexta parte de esas valiosas joyas...

—Tal vez aparezcan. Respecto a ello aún no se ha dicho la última palabra. —Están valoradas en más de doscientas mil libras. Es mucho dinero. Quien sea que las haya robado, demostrando una buena dosis de astucia y osadía, sabrá arreglárselas para que no aparezcan, estoy convencido de ello.

—Oscar asegura que fue una mujer —subrayó Joel Caffrey—. Y en esta casa, en aquellos momentos, había cinco mujeres...

—Y las dos sirvientas —puntualizó. Pero había de añadir seguidamente—. No, no desconfío de ellas. Ha sido un decir.

—Si había cinco mujeres —prosiguió Joel— pudo ser cualquiera de ellas. En buena lógica lo fue.

— Evidentemente.

—Y si fue una de ellas, ¿por qué no acepta la idea de que pudo ser precisamente Helene quien...?

— He pensado en esa posibilidad —aceptó Vincent Gunn.

— Pues si busca una muchacha rica y resulta que...

—Voy a dejar a Helene —aclaró el joven rubio, guapo e irreprochablemente vestido, interrumpiendo al detective—. Sin joyas Helene no me interesa, y con «todas» las joyas tampoco. No quiero líos con la policía, ¿me comprende?

— Perfectamente.

—Sin embargo, no creo que Helene haya sido la ladrona. Aunque, ciertamente, tampoco creo que lo haya sido ninguna de sus primas.

—¿Entonces...? —inquirió Joel.

— No sé qué pensar. Hágalo usted por mí, para eso ha venido, ¿no?

—Sí.

Y tras afirmarlo así, Joel Caffrey pensó que ahora le tocaba dirigirse al señor Sand, el administrador de la casa.

Puesto que con Oscar y Vincent había hablado a solas, no estaría de más que lo hiciera con quien, indudablemente, conocía mejor que nadie a aquellas cuatro muchachas. —Quizá usted me pueda orientar un poco...

El señor Sand denegó con la cabeza. Luego se decidió a responder.

— No puedo ayudarle.

—¿No puede o no quiere? —Joel se quedó sin apartar de él su mirada.

— Me gustaría saber, de fijo, quién de las cuatro... —repuso el señor Sand—, Pero no lo sé, así que debo callar mientras no tenga la absoluta seguridad...

— Por lo que me está diciendo ya sospecha de alguien...

—Sí —reconoció—. Pero es sólo una sospecha, así que me siento obligado a no decir nada.

—¿Es usted soltero? —preguntó Joel Caffrey, pareciendo que no venía a cuento la pregunta.

—Sí.

—¿Y se ha enamorado alguna vez? —ésta fue la segunda pregunta.

El señor Sand quedó cortado. No obstante, comprendiendo que la pregunta había sido harto directa, decidió responderla con sinceridad.

—Sí —dijo.

—No sé por qué —observó Joel Caffrey—, pero a mí me da que sus sentimientos amorosos se los inspira una de las cuatro muchachas que habitan bajo este techo. El señor Sand volvió a quedarse cortado. Y volvió, evidentemente, a considerar que valía más ser sincero.

—Ha acertado.

—¿Valerie...?—quiso saber Joel.

—No.

—¿Virginia?

—No.

—¿Maud?

—No, no...

—Entonces, Helene.

—Sí, sí... —asintió. Sin embargo había de aclarar sin esperar a una nueva pregunta—. Pero no se lo he dicho, ni se lo diré nunca. Tengo cuarenta y cuatro años y se reiría de mí. No obstante —especificó—, no me lamento de nada. Quizá todo lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Helene no es buena —dijo el señor Sand—. Tener que renunciar a ella, ha sido, tal vez, lo mejor que haya podido pasarme en esta vida. Con una mujer como ella cualquier hombre ha de acabar siendo un desgraciado.

—Ha dicho que no es buena. ¿Supone, acaso, que Helene ha sido la que...?

—No, en absoluto —se apresuró a denegar el señor Sand —. No he querido decir nada de eso. No mezclemos las cosas. Me he referido simplemente a lo dura, a lo cruel que ha sido y es siempre conmigo. A veces, incluso, parece que me odie.

—¿Por qué iba a odiarle?

—Quizá porque nunca le dije qué números abrían la caja fuerte.

—¿ Y ella deseaba saberlo?

—Obsesivamente.

* * *

Había acabado sin ninguna pista digna de consideración.

Así que Joel Caffrey, por la tarde, se propuso a seguir investigando. Si bien se dispuso a hacerlo en otros terrenos y de distinta forma que hasta entonces.

Poco después estaba en el cementerio, cerca de la tumba de la señora Burnett, donde por la mañana había sido hallado el cadáver de Carrol.

Miró y remiró por allí, al parecer no queriendo perderse el menor detalle que pudiera ayudarle a deducir qué es lo que había sucedido exactamente.

Reparó en la losa de mármol. Alguien la había desencajado de su sitio, volviéndola a colocar de nuevo.

¿Qué había pretendido quien tal cosa había hecho? ¿Y quién podía haber sido? Estuvo mirando en los cipreses. Junto a uno de ellos se detuvo un rato. Después, al salir del cementerio, se puso al volante de su coche y arrancó. Pero no tomó la dirección de la casa, sino la de las lagunas cenagosas. Por lo visto no le asustaba la idea de adentrarse en aquella peligrosa zona.

Alcanzó con facilidad la vecina localidad, pues se acortaba mucho terreno por allí. Ya en la carretera principal, le dio al acelerador con fuerza. Llegó a la ciudad una hora más tarde.

Había de regresar al atardecer, después de llevar a cabo unas cuantas visitas muy importantes.

Todas ellas, claro está, relacionadas con el caso que le había sido encomendado.

CAPITULO V

Habían transcurrido dos días desde que los restos de Carrol fueron inhumados en el cementerio de Sandtton.

En la casa apenas se hablaba. Se les veía a la espera, a la expectativa. De un momento a otro, sin duda, Joel Caffrey conseguiría averiguar algo y entonces podrían respirar más tranquilos.

Pero, claro, eran las muchachas entre sí quienes se miraban con auténtico recelo, con verdadera desconfianza. Aunque ninguna de aquellas cuatro muchachas parecía más sospechosa que las otras, por lo que Joel Caffrey no lo tenía sencillo.

Además, nadie colaboraba con él. Ni Oscar quería hacerlo, por miedo a represalias, evidentemente, ni quería hacerlo tampoco el señor Sand, si bien a éste le hubiera bastado con decir de quién sospechaba. Pero, nada, lo cierto es que no colaboraba nadie.

Bueno, Joel estaba ya acostumbrado a tener que arreglárselas solo. Era lo que solía sucederle siempre.

—Voy a ir al cementerio —dijo Maud tras acercarse al ventanal del comedor y echar un vistazo hacia fuera—. Deben estar ya marchitas las flores que dejamos el otro día.

Se había animado a salir a pesar de que el día era frío y desapacible, y lleno de niebla.

—Iré contigo —le contestó Helene—. Yo también quiero poner unas flores a tu pobre hermana. También a la abuela, claro está.

—Os acompaño —dijo Valerie.

Joel decidió ir con ellas, se trataba de averiguar si aquella visita al camposanto tenía alguna encubierta intención. Lo que muy bien podía ser.

— Después —añadió Maud— iré a comprar unas revistas de moda. Me las tienen reservadas.

—Yo aprovecharé lo que queda de mañana para ir a la peluquería —repuso Helene.

Oscar se hallaba en la misma estancia y empezó a angustiarse. Se estaba diciendo que si Maud, Helene y Valerie y el detective se iban, él se iba a quedar solo en la casa. Solo, porque Virginia se había ido a visitar a una amiga y el señor Sand estaba en la ciudad y posiblemente tardaría aún bastante en regresar.

En consecuencia, quedarse solo podía significar un grave riesgo para él. Tan grave, lo presentía, que por el mero hecho de pensar en tal eventualidad se le hacía ya un nudo en la garganta.

— Me gustaría ir con vosotras al cementerio —dijo Oscar—, Si no os molesta que vaya... Después podría regresar con usted, señor

Caffrey.

— Nos encantará que nos acompañes —aseguró Valerie.

—Y regresará conmigo, de acuerdo —asintió Joel.

Oscar respiró más a gusto. El nudo en la garganta se le había deshecho. Claro, tenía motivos para estar más tranquilo. Yendo conjuntamente al cementerio, eliminaba muchos riesgos. Por lo demás, regresaría con el detective.

Tardaron en salir unos diez minutos.

Helene cogió su coche y Maud el suyo. Valerie se fue en el coche del detective.

—Venga con nosotros —ofreció Joel al joven ciego.

—Sí, sí... —se apresuró a aceptar.

Ya en el cementerio, visitaron primero la tumba de Carrol y luego la de la abuela.

En la tumba de Carrol pusieron flores nuevas. Las colocadas dos días antes, en efecto, estaban ya marchitas.

En la tumba de la abuela también pusieron flores.

Fue estando allí, cuando Oscar, que hasta entonces había llevado entre sus manos algo envuelto en un papel, dijo.

—Se me ha ocurrido traer este rosal... —lo mostró a los allí reunidos—. Es el rosal que la abuela tenía... —Oscar siempre llamaba abuela a la señora Burnett— tenía... en la maceta azul, en una de las ventanas de su dormitorio. He pensado que sería una buena idea trasplantarlo aquí.

Sin esperar más, Oscar hincó una rodilla en tierra y se dispuso a hacer un agujero.

¡Los ojos de Helene se pusieron redondos como platos! ¡Oscar acababa de arrodillarse, exactamente, donde ella había escondido su bolso con las joyas! ¡Maldita coincidencia!

—¿Qué haces...? —inquirió Helene, sin poder controlarse.

—Voy a plantar el rosal —dijo Oscar, y su mano estaba ya escarbando en la tierra.

—No me gusta el sitio que has elegido —Helene seguía sin controlarse.

—¿Por qué no? —preguntó Maud, un poco sorprendida de la reacción de su prima.

—A mí no me parece mal —opinó Valerie.

—Bueno, como prefieras —cedió Oscar, prefiriendo hacer lo que se le indicaba.

Joel Caffrey miró fijamente a Helene. Tan fijamente que la muchacha, al verse bajo aquellas escrutadoras pupilas, se estremeció. ¿Habría adivinado la verdad?

Pero Joel dejó de mirarla y a la muchacha le quedó la sensación de que el peligro había pasado.

Después, todo volvió a una aparente naturalidad. Y un rato después salían del cementerio, emprendiendo el regreso.

Maud se fue por su lado y Helene por el suyo.

Oscar se metió en el coche del detective, en la parte de atrás. Valerie se había situado en el asiento delantero.

—¿Se ha fijado? —preguntó Oscar, dirigiéndose al detective un poco oscilante su voz— . Helene se ha enfadado cuando he querido plantar el rosal en aquel sitio...

—Sí, me he fijado —repuso Joel, y puso el coche en marcha.

* * *

De nuevo en la casa, Oscar se quedó solo en la biblioteca-despacho.

Se quedó sentado en un sillón, cerca de la encendida chimenea. Sentía el calor de las llamas. Se estaba bien.

Pero Oscar se levantó y se dirigió, con las manos por delante sorteando los obstáculos, hacia la mesa de escritorio. Al poco descolgaba el teléfono, marcaba unos números y quedaba a la espera de que respondieran a su llamada.

—¿Eres tú, tía Elisabeth...? —preguntó al oír a través del hilo una voz de mujer—. ¿Qué tal estás...? Quería pedirte un favor, ¿sabes...? Me gustaría pasar unos días en tu casa, en tu compañía... ¿De veras te parece bien...? ¡Oh, tía Elisabeth, cuánto te lo agradezco...! ¿Qué dices...? ¿Que me notas nervioso...? Pues sí, lo estoy un poco... No, nada importante... Ya te explicaré, no te preocupes... ¿Que cuando iré...? Te parece bien esta misma tarde...? Gracias, tía Elisabeth...

Cuando colgó el teléfono, Oscar dijo que no podía haber tomado una decisión más acertada que aquélla. Con tía Elisabeth estaría lejos de allí y se sentiría seguro.

No supo qué, pero algo hizo que Oscar, junto al teléfono, de pronto sintiera que un estremecimiento pasara por su espinazo, se le metiera en la nuca y finalmente se le cobijara en el corazón.

Fue un estremecimiento que pareció llevar en su misterioso y sobrecogedor aleteo todo el miedo del mundo.

Al poco, sudando por todos y cada uno de los poros de su piel, de su cuerpo, lo mismo que si estuviera en un baño turco, le embargó la sensación, la seguridad, de que no estaba solo.

Allí había alguien. Una mujer.

Alguien que él no sabía quién era.

Pero sabía que tenía un lunar en el escote...

Sacó el pañuelo y se secó el sudor que perlaba su frente.

Quedó con el oído atento.

Sí, alguien estaba deslizando sus pisadas sobre aquel suelo, sobre

aquellas baldosas. Aunque lo hacía tan silenciosamente que casi no se le oía. Le dieron tentaciones de chillar y pedir auxilio. Joel Caffrey no debía estar lejos. Habían vuelto juntos del cementerio.

Pero no pudo chillar, una extraña paralización en sus cuerdas vocales le impidió articular sonido alguno. Siguió escuchando.

No, aquellas silenciosas pisadas ya no se oían. Como si aquella persona hubiera optado por retroceder.

Pero no, seguía teniendo la misma sensación. Estaba allí cerca, sin quitarle la vista de encima.

Oscar se dio cuenta de que estaba tan asustado, tan pavorosamente asustado, que ni las piernas le sostenían. Pensó, pues, que le vendría bien un trago. De whisky, o de brandy, o de lo que fuera.

Se dirigió hacia el mueble bar y tanteó torpemente entre las botellas. Al poco cogía una y se servía.

Pero Oscar era ciego, no veía. Así que no vio cómo alguien allí cerca, allí mismo, estaba conteniendo el aliento.

Y no vio, porque era ciego, cómo una mano se colocaba sobre la copa que acababa de servirse y vertía unos polvos en su contenido: cianuro.

Oscar se llevó la copa a la boca, disponiéndose a apurar la bebida. Pero se detuvo, como si en última instancia presintiera algo.

Sin embargo, nada había visto, así que en realidad nada exactamente podía temer. Y apuró la bebida de un solo trago.

Estaba convencido de que no tardaría en sentir los efectos del alcohol. Sin duda, pues, en seguida se notaría más entero, más firme.

No, no fue eso lo que experimentó. Fue algo muy distinto. Por lo que se sintió dominado por un desbordante y arrollador espanto. Tan arrollador y desbordante que...

No tuvo tiempo de nada.

Aquello duró unos brevísimos instantes.

Cayó muerto, de forma fulminante.

Una paralización galopante había acabado con su vida.

CAPITULO VI

Helene no quería darse cuenta de ello, pero a sus nervios ya no podía pedirles más, habían llegado al máximo. Estaba a punto de estallar. Aquella tensión no había quien la aguantara.

Los acontecimientos; desde que había tramado todo aquello con la única y exclusiva pretensión de quedarse con las joyas, se habían ido complicando, y a la vez precipitando, y resultaba ya ciertamente imprevisible saber cómo iba a acabar todo aquello.

Si hubiera podido retroceder, volver al punto de partida, Helene lo hubiera hecho. No porque lamentara ser la causan te de la muerte de la abuela, ni porque lamentara haber disparado a su prima Carrol, sino porque se sentía cada vez más arrastrada por sus propios actos, por sus propias acciones. Estas parecían haber cobrado vida propia y estar maniatándola, y a la vez comprometiéndola.

¿Desconfiaba Joel Caffrey de ella? Y si desconfiaba de ella, ¿se le habría ocurrido pensar que allí, donde Oscar quiso plantar el rosal, estaban en realidad las joyas?

Cuando en el cementerio vio la acerada y escrutadora mirada de Joel Caffrey fija en ella, dio por seguro que sí, que recelaba la verdad. Pero no, los nervios le habían hecho asustarse y verse descubierta. Sólo eso. Seguro que Joel Caffrey no tenía ni idea de dónde podían estar las joyas.

Por eso, hasta ese momento, no las había sacado de donde se hallaban escondidas. Podían seguir allí. Estaban seguras.

Por lo demás, Oscar ya no existía, ya no podía delatarla. En realidad, tenía motivos para sentirse mucho más tranquila, mucho más sosegada.

Pero aunque Helene no se cansaba de decirse todo esto, y de repetírselo, lo cierto es que no podía más con su excitación nerviosa.

Una excitación nerviosa que dentro de ella crecía minuto a minuto.

No, no podía ser de otra manera. El cadáver de la abuela se había incorporado en el ataúd... En su mano apareció una pistola...

Resultaba inevitable el ir perdiendo poco a poco el dominio de sí misma. La verdad es que no se sentía tranquila mientras no comprendiera, mientras no supiera lo que verdaderamente había sucedido.

De momento, se veía obligada a volver a lo mismo. ¿Acaso los muertos se mueven dentro de sus ataúdes? ¿Tal vez les es dado salir de sus recintos mortuorios?

De ser así, puede que recibiera la visita de la muerte... ¿Por qué

no? Debía saber que fue ella quien puso un par de somníferos en su vaso de leche y quien abrió las ventanas de su dormitorio. Debía saber, pues, que había muerto por su culpa...

Y si la muerta aparecía, ¿sería en plan vengativo? Lo más seguro. Querría presentarse como si fuera la propia Muerte y...

Helene se llevó las manos a la cabeza en gesto desesperado. Si las cosas seguían así acabaría desquiciándose.

Por eso, aquella noche, de forma más instintiva que voluntaria, se dirigió hacia el mueble bar y empezó a beber. Un whisky tras otro.

Pronto se sintió mejor y ya no tuvo miedo de nada. Pero notó que todo se movía, que todo oscilaba a su alrededor.

—Estás borracha —oyó que le decía el señor Sand desde la mesa del escritorio. Hasta entonces, como en tantas otras ocasiones, el administrador se había limitado a mirarle y a callar.

—Es usted un asalariado nuestro —le respondió ella—. No otra cosa. Recuérdelo y déjeme tranquila.

Seguidamente salió de la estancia, dando un par de tumbos por el camino. Fue entonces cuando comprendió que había bebido en exceso y que eso podía llegar a resultar comprometedor, peligroso. Si se iba de la lengua... Podía costarle caro. Muy caro.

¡Oh, qué absurdamente había reaccionado!

—La cena ya está servida —oyó que le decía Maud en aquel momento.

Se dirigió hacia el comedor, procurando que sus pasos no le hicieran hacer muchas curvas. Si se empeñaba, quizá nadie se diera cuenta de lo que le pasaba.

El señor Sand sabía que había bebido de más. Pero, bueno, el administrador era la discreción personificada. Era tan discreto que nunca había querido decirle qué número abría la caja fuerte. Ja, ja, ja, ello lo había averiguado por su cuenta.

Ya en la mesa, Helene vio que era blanco de todas las miradas.

Estaba Claro. Todos se habían dado cuenta de que estaba ebria.

—Bien, ¿y qué...? —les desafió Helene—. ¿Acaso hay alguna ley que prohíba beber una copa?

—Me temo que haya sido más de una —dijo Maud.

—¿Desde cuándo te da por eso...? —Virginia demostró su asombro al ver en aquel estado a su prima.

—Yo de ti me tomaría un par de tazas de café —añadió Valerie.

El señor Sand consideró oportuno no decir nada, así que siguió callando, desplegando la servilleta.

Joel Caffrey, no obstante, consideró todo lo contrario. Era el momento idóneo para ver si decía algo de más aquella hermosa muchacha sobre la que estaba recayendo todas sus sospechas.

Porque sí, evidentemente, nadie de los allí reunidos le parecía

más sospechosa que ella. —No es aconsejable beber de más —empezó a decir Joel—, y menos aún en ciertos comprometidos momentos. La bebida nos hace excesivamente locuaces y...

—¿Qué está insinuando? —preguntó Helene, mientras se decía que debía ir con mucho tiento, aquel tipo era de cuidado.

—No estoy insinuando nada —contestó Joel, tranquilo—. Estoy, simplemente, diciendo... Diciendo que cuando uno bebe es fácil que se le escape alguna palabra de más.

—¿Y qué palabra de más podría escapárseme a mí? —inquirió Helene, en realidad balbuceando un poco. Y añadió —Me parece que está buscando tres pies al gato.

—Nada tan lejos de eso —aseguró Joel—, y lamentaría que lo interpretara así y me cogiera ojeriza. A mí me gusta caer bien a las chicas bonitas. Por cierto, permítame que la felicite por el vestido que lleva, es de un gusto exquisito.

Joel tenía razón. Helene llevaba un vestido precioso. Era blanco, con flecos en el borde de la falda y en las mangas y en el escote. Un escote que dejaba asomarse un gracioso lunar. Parecía el vestido de una lucida fiesta.

—Estoy esperando a Vincent —dijo Helene—. Por eso me lo he puesto.

—Pues será mejor que llegue pronto —opinó Joel—, porque amenaza una fuerte tormenta.

Apenas dicho esto, empezó a llover y a tronar, mientras la luz de los relámpagos rasgaba la oscuridad de la noche.

Lo que sucedió a continuación, fue rápido, imprevisto y casi grotesco.

Una persona se detuvo al otro lado del ventanal, bajo la lluvia, y con sus nudillos dio en los cristales para requerir la atención de ellos. Un rayo, en aquel preciso momento, hizo llegar una claridad blancoazulada y la silueta de esa persona se recortó en los cristales de un modo fantasmal.

Helene soltó un grito.

—¿Qué te pasa...? —le preguntó Maud.

Helene había bebido mucho y tenía los vapores del alcohol subidos a la cabeza. Y como sea que no cesaba de darle vueltas a lo mismo, a la abuela muerta, enterrada, que no obstante se había incorporado en su ataúd... Pues creyó, apenas se dibujó la silueta tras los cristales del ventanal, que aquélla era la abuela.

— ¡Es ella! ¡Ella! —se puso a exclamar, desencajada sus facciones, descompuesta su expresión.

—¿Quién es ella...? —quiso saber Joel Caffrey.

— La abuela. ¡La abuela! —chilló, y le castañeaban los dientes ¡Ha salido de su tumba y viene a visitarnos!

— ¡Qué disparate estás diciendo! —la censuró Virginia —. ¡Vaya turca que has cogido!

—¿Por qué cree que es su abuela...? —inquirió Joel.

— Me lo veía venir... —jadeó.

—¿ De veras?

—¡Si! ¡Sí!

Helene estaba desquiciada. No conseguía controlar su espanto, su horror.

Pero a pesar de eso algo se rebeló dentro de ella. Algo que le obligó a no darse por vencida, a prestar batalla.

Así que Helene, echando atrás la silla, se puso en pie, cogió una copa de vino y la alzó en el aire.

— ¡Brindo por ti. Muerte! —exclamó.

Pero gastó sus arrestos en esa absurda y a la vez macabra bravata, y volvió a dejarse caer en el asiento.

Pasados unos segundos, como si los vapores del alcohol se hubieran evaporado un tanto, comprendió lo cómico de su miedo, y lo disparatado de su brindis. Pero había dado ya la escena y Joel Caffrey, mientras la miraba, parecía sacar sus propias conclusiones.

Pero Helene también acabó sacando las suyas. El detective le estorbaba...

Joel Caffrey leyó perfectamente en su mirada.

Si no hubiera estado bebida, sin duda habría disimulado mejor, pero llevaba demasiados whiskys dentro para ser dueña de sí misma. Acababa de traicionarse del modo más lamentable.

Pero Joel hizo ver que no reparaba en la expresión de su mirada. Si deseaba desenmascararla, había de encontrar pruebas, hechos fehacientes. No bastaban las simples sospechas. Así que, cuanto más inofensivo le pareciera, tanto mejor para el buen resultado de sus gestiones.

Por lo demás, en aquel momento entró en el comedor la persona que había llamado a los cristales del ventanal. Era Vincent Gunn.

—¿Eras tú...? —y Helene se enfadó, pero al mismo tiempo respiró aliviada—. ¿Cómo ha podido ocurrírsete...?

—Estás bebida —dijo Vincent Gunn, sin necesidad de más para darse cuenta de ello.

—Un poco —contestó Helene.

Vincent Gunn ensombreció el semblante, pero no hizo comentario ninguno al respecto. Luego dijo:

—Vaya tormenta...

—Será mejor que esta noche te quedes aquí —dijo Helene—. Como sabes hay habitaciones de sobras.

—Sí, gracias, me quedaré —asintió Vincent Gunn—. Vaya nochecita que se avecina.

Joel Caffrey, después de la cena, se fue a la biblioteca- despacho. Se fumó un cigarrillo mientras esperaba que apareciera el señor Sand.

Cuando éste llegó, le preguntó.

—No le importará que repase los libros de cuentas, ¿verdad?

—Están a su disposición —contestó el administrador—. Y si he de decirle la verdad, prefiero que les eche encima una mirada. No por nada en particular —claro—, sino porque quiero quedar al margen de toda sospecha, en cualquier sentido.

—Le confesaré algo —repuso Joel —: mirando esos libros sólo pretendo averiguar qué gastos han efectuado esas muchachas en los últimos años. De los gastos que hayan podido hacer o no hacer, quizá pueda llegar a deducir...

—Comprendo. Aquí están los libros —el señor Sand se los mostró —. Y en este cajón central tiene usted las correspondientes facturas.

Como verá, todo está claro como el agua —había de añadir—, En ese cajón cerrado guardo un diario... Algo personal, íntimo... —No tiene por qué darme explicaciones.

Joel Caffrey estuvo más de dos horas hojeando aquellos libros, y cotejando los gastos con las facturas, y no dejando suelto ningún detalle por pequeño que fuera. Acabó convencido de dos cosas. La primera, en aquellos libros de cuentas no había el menor error. La segunda, los gastos de más cuantía siempre habían corrido a cargo de Helene Burnett. Por lo visto era la que necesitaba más dinero para pasarlo bien. Pocos instantes después, Joel decía:

—Esta casa tiene desván, y antes de acostarse voy a ir a ver si encuentro algo por ahí. —¿Qué espera encontrar? —le preguntó Virginia, que con su hermana Maud acababa de entrar en la estancia.

—Algo que me ayude a deducir —dijo Joel.

—No creo que allí haya nada de interés —repuso Maud — . Muebles que ya no sirven, cuadros deteriorados, viejos baúles, un poco de todo, como en todos los desvanes, y nada más.

—Con el permiso de ustedes me cercioraré por mí mismo.

—Hágalo si lo considera oportuno —intervino Valerie—. ¿Quiere que le acompañe? La muchacha esperaba que el detective se apresurara a decir que sí. Pero Joel Caffrey se apresuró a decir que no. —Gracias de todos modos.

—No le doy la llave —manifestó el señor Sand—, porque la puerta siempre está abierta. Había decidido que ya era tarde, que debía ir a descansar. Así que Joel acompañó a Valerie hasta la misma puerta de su habitación.

Pero Valerie estaba seria. Le había desilusionado que el detective rechazara su compañía.

Sin embargo. Joel se había visto obligado a actuar de ese modo. Si había dicho que iba al desván, era para que Helene intentara

aprovechar la ocasión. Y para eso tenía que saber que estaba solo.

Había leído en la mirada de Helene que deseaba matarle, eliminarle. Tenía, pues, que facilitarle las cosas.

—Un viejo desván con muebles y objetos llenos de nostálgicos recuerdos es un buen lugar para besar a una chica... —empezó a decir Joel, adivinando el por qué la muchacha ponía una cara tan seria.

—Por lo visto —dijo Valerie—, no desea besarme a mí.

—Se equivoca. Todo lo contrario.

Hubiera querido demostrarle el error en que estaba, pero Virginia, Maud y Helene se hallaban en el mismo pasillo.

—Buenas noches —repuso Joel, prefiriendo no alargar la despedida.

—Buenas noches —respondió Valerie.

Al pasar junto a Virginia, Maud y Helene, esta última se volvió hacia el detective.

—Que no encuentre muchas telarañas en el desván —y lo dijo demostrando que, todavía, estaba algo bebida.

—¿Quiere que vaya con usted? —se ofreció Vincent Gunn, que acababa de subir la escalera.

—No es necesario, gracias. Buenas noches a todos.

Joel Caffrey siguió subiendo la escalera, ésta, en aquel tramo, mucho más estrecha y empinada. En aquel momento la tormenta arreció y el fragor de los truenos pareció meterse dentro de todos los oídos.

Ya en el amplio desván, accionó el interruptor de la luz. Entonces pudo darse cuenta de que, a juzgar por el polvo, hacía tiempo que allí no entraba nadie. Aunque tampoco había telarañas, la cosa no llegaba a tanto.

Joel se dirigió casi directamente hacia un viejo candelabro de bronce, situado sobre una torcida mesa. Este candelabro tenía tres brazos y en uno de ellos había una vela.

Sacó su encendedor y encendió la vela. Por si acaso. La luz eléctrica, tal vez, la apagaran... Bueno sería, en ese caso, no quedarse enteramente a oscuras.

Luego se encaminó hacia un armario que tenía el espejo en su parte exterior. Lo movió, lo arrastró de sitio, enfocándolo de modo y forma que, estando él alejado y de espaldas a la puerta, mirando a través del espejo viera con facilidad quién entraba en el desván.

Después se entretuvo mirando aquí y allá. Sólo se trataba de matar el tiempo en espera de ver si el anzuelo era picado...

El anzuelo era él, claro está, y para que la cosa no acabara mal, permanecía tenso los músculos, agudizado el oído, todo él atento a cualquier ruido.

Abría y cerraba la diestra, recalentando y dando flexibilidad a sus

dedos. Según como fuera todo, sería su automática la que tendría que sacarle de apuros. Abrió un viejo baúl, pensando que debía hacer algo. Empezó a mirar qué había dentro. Encontró un vestido negro, de encajes, que debió ser confeccionado para un baile de disfraces. Allí estaba también el antifaz, adornado con el mismo encaje.

De pronto Joel Caffrey se agachó, casi echándose en el suelo. Había oído un ruido casi imperceptible, pero suficiente para comprender que la escaramuza había dado comienzo.

Casi al acto oyó un leve crec y se apagó la luz. Ni más ni menos que lo que Joel esperaba que sucediera. La visita no acudía ciertamente a ofrecer sus cartas credenciales.

Pero aunque la luz se apagó, no se encontraron completamente a oscuras. Quedaba el candelabro de bronce sobre la torcida mesa.

Una sola vela encendida, de temblorosa y difusa llama. Pero suficiente para que pudiera verse algo.

Y lo primero que sin necesidad de moverse vio Joel Caffrey a través del espejo, fueron los flecos de un vestido blanco. Un vestido precioso, de un gusto exquisito.

Pero el vestido se detuvo, como si algo le hubiera hecho vacilar, y luego retrocedió unos pasos, pegándose a la pared.

Al alejarse, a través del espejo Joel Caffrey vio el rostro de quien llevaba el vestido. Era Helene. ¡Lo que se imaginaba!

Sin embargo, claro, todo eso lo vio difusamente, entre sombras. No en vano sólo había una vela encendida en aquel amplio desván.

Sin embargo, no podían caberle dudas. Era Helene quien acababa de entrar.

Joel se quedó donde estaba, agachado, más bien estirado en el suelo. Quedó a la espera de que su adversario se decidiera a avanzar.

Así lo hizo, pero pasados un par de minutos, tal vez tres. Pero quiso hacerlo con la máxima inmunidad posible, por lo que cogió algo y lo tiró sobre el candelabro, sobre la vela encendida.

El candelabro se tambaleó, cayó al suelo y se apagó.

Quedó todo, en aquel momento, absolutamente negro. Como plumaje de cuervo.

Pero no, lo cierto es que llegaba una tenue claridad desde la ventana fuera del desván, desde el hueco de la escalera. Por lo visto alguien había dejado abierta alguna luz.

Sin embargo, era tan tenue esa claridad que no servía para mucho más que para saber dónde estaba situada la puerta.

Joel se quedó escuchando, sin moverse. Sin duda oiría algo de un momento a otro y sabría ya a qué atenerse. De momento sólo oía el bramido de los truenos, de la tormenta, y la lluvia incesante que no dejaba de caer.

No tuvo que esperar demasiado. Captó un run run cerca de allí y

comprendió que una mano se había apoderado de alguna barra de hierro, o de algo así. Porque algo así había visto por allí.

Instintivamente levantó los brazos. Lo lógico era esperar un golpe aplastante, contundente. Un golpe de esos que dejan a uno hecho cisco.

Llegó a tiempo de contener el golpe, deteniendo en el aire lo que tenía todas las trazas de ser, indudablemente, una barra de hierro.

Mientras se defendía del ataque, quiso ver el rostro que forzosamente tenía que estar ante él.

No, sus pupilas no pudieron taladrar la densa oscuridad. Solo vio una forma, un contorno ante él.

Forcejearon.

Joel tuvo que esforzarse. Helene tenía más fuerza de lo que podía haber esperado, tal vez porque todavía estaba bebida y el alcohol le confería redoblados ímpetus.

Joel consiguió dominar la barra de hierro, e hizo entonces un movimiento de violento rechazo, echando hacia atrás a la muchacha.

Oyó cómo retrocedía torpemente, cómo caía sobre algún viejo mueble dejándolo hecho astillas y cómo se quedaba en el suelo sin energías para levantarse.

Joel Caffrey pudo abalanzarse hacia allí, sujetarla y darle de puñetazos hasta zanjar el asunto sin más concesiones. Hubiera sido lo razonable.

Pero Joel no podía olvidar que estaba tratando con una mujer, así que se limitó a esperar que por sí sola se pusiera en pie.

—Qué, ¿no se levanta? —le preguntó al ver que no se decidía a hacerlo.

Se decidió a algo muy distinto.

Sacó una pistola y apuntó. Donde se dibujaba, o desdibujaba, la alta silueta del detective. Que era una sombra más entre las sombras del desván.

Apretó el gatillo por tres veces, y tres balas salieron silbando.

Joel Caffrey soltó una maldición, mientras se llevaba las manos al muslo derecho, daba media vuelta sobre sí y chocaba con una silla, o con un sillón, no lo supo bien.

Había notado la bala perfectamente. Pero sólo había notado una. Así, pues, las otras dos se habían perdido, había errado la puntería.

Afortunadamente. De lo contrario podía haberle costado caro tener consideraciones con una mujer.

La herida dolía como un demonio. Aun así se abalanzó hacia adelante. No quería perder tiempo. Cuando antes la desarmara y sometiera, tanto mejor. Una muchacha como aquélla era un peligro para la familia, y para él, y para todos.

Pero cuando Joel Caffrey llegó a donde debía estar Helene, ésta

ya no se hallaba allí. Allí ya no había nadie.

Accionó el interruptor situado junto a la puerta y la luz volvió al desván.

Miró alrededor.

Estaba solo.

Pero en aquel momento Valerie apareció en la puerta, asustada, consternadísima.

— ¡Oh, está herido…!

—Sí, sí… —asintió él.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó la muchacha.

Antes de que respondiera, aparecieron Virginia y Maud. Y también Helene. Esta dijo.

— Hemos oído un disparo… Nos hemos apresurado a subir… ¿Qué le ha sucedido, señor Caffrey?

Joel comprendió que Helene le había ganado la partida. Momentáneamente al menos. Carecía de pruebas con que acusarla. Aunque lo cierto es que la había visto entrar en el desván, reflejada en el espejo.

—No ha sucedido nada en particular —contestó.

— Pero le han disparado —dijo Vincent Gunn, uno más por lo visto a oír el disparo y a acudir a ver qué pasaba.

—Sí, eso sí —asintió Joel—. ¡Y cómo duele!

— Pero, ¿quién ha sido? —quiso saber el señor Sand, otro a oír el disparo y a acudir allí. Joel Caffrey no respondió.

CAPITULO VII

Llegó el inspector de policía.

Se trataba, según dijo, de que debía seguir investigando sobre la muerte de Oscar. Y también, por descontado, sobre la muerte de Carrol.

Se encontró con que Joel Caffrey había sido herido de bala. Tenía en el muslo derecho un orificio de entrada y salida. Pero, afortunadamente, la herida no revestía ninguna gravedad.

—Ni siquiera cojeo —bromeó Joel—. No se preocupe por mí.

—¿Pero quién ha sido...? —el inspector de policía iba a la deriva en aquel caso, y buscaba afanosamente una tabla a la que asirse.

En el comedor estaban todos los componentes de la casa, incluido Vincent Gunn. Pero Joel Caffrey sólo sentía una mirada, una presencia. La de Helene. Respondió al inspector de policía, evidentemente mintiendo: —No sé quién pudo ser. No tengo ni idea.

—Pero alguien de los aquí reunidos, ¿no es eso? —inquirió el policía. —Supongo que si —contestó Joel.

—¿Esto es todo lo que puede decirme? —insistió el inspector. —No puedo decirle más de lo que sé, hágase cargo.

A pesar de estas respuestas, Helene se dijo que todo se había complicado en exceso y que ella debía tomar las medidas urgentes y precisas para que todo, cuanto antes, terminara arreglándose a su gusto. La situación se había hecho espinosa y sumamente comprometida. Dilatarla podía entrañar indudables riesgos. Que no quería afrontar. Desde luego que no.

Por otra parte, ¿qué papel, exactamente, había desempeñado su abuela en toda aquella historia?

Seguía con los nervios rotos. No había modo de serenarse con semejantes ideas metidas en la cabeza.

Estaba claro, ella sola, como hasta entonces, no podía seguir. Necesitaba que le tendieran una mano.

Estuvo pensando en eso y acabó convencida de que su novio, Vincent Gunn, reaccionaría favorablemente cuando ella le expusiera cómo estaba la situación. Joven, rubio y guapo, era un hombre que sólo pensaba en pasarlo bien y en no trabajar.

Con la pretensión, pues, de hablarle a solas, con tacto, con discreción, por lo menos en un principio, Helene se las arregló para llevárselo a la biblioteca-despacho.

Antes de eso, no obstante, se aseguró de que el señor Sand no estuviera allí. Pero cometió un error al no mirar tras el cortinaje de una de las ventanas. Aunque no. allí no estaba el administrador, sino

Joel Caffrey.

Este, convencido de que Helene había llegado al momento psicológico en que buscaría un cómplice, un aliado, pensó que en aquel lugar, tras los abundantes pliegues del cortinaje, podría encontrar respuestas precisas y determinantes a todas sus sospechas.

—¿De qué quieres hablarme? —preguntó Vincent Gunn así que Helene hubo cerrado la puerta a sus espaldas.

La muchacha se le reunió y le dijo:

—De ti y de mí.

—Te escucho —pero Vincent Gunn no las tenía todas consigo, así que, sin necesidad de más palabras, se puso a la defensiva.

—¿Me amas de verdad? —preguntó Helene.

—¿A qué viene que me preguntes eso…?

— Deseo saber si puedo contar contigo. Se trata de algo muy importante, ¿sabes?

—¿Muy importante…? —y su gesto, a la defensiva, se acentuó.

—A ti te gusta que yo sea rica, ¿no es eso, Vincent?

—Sí —contestó.

—Sin embargo, desde que las joyas fueron robadas soy menos rica de lo que te dije.

— Mucho menos, en efecto.

— Pero por eso no debes preocuparte. En seguida voy a decirte el por qué… —hasta entonces había bajado el tono, pero en ese momento lo hizo aún más mucho más sigiloso—. Has de saber que las joyas robadas…

Helene no terminó la frase. Estaba dispuesta a hablar, pero Vincent Gunn alzó la voz, atajándola.

— ¡No quiero saber nada! ¡Nada absolutamente! —y sin duda considerando que era el momento de terminar con aquel compromiso, añadió—: Prefiero que lo sepas, he decidido romper contigo.

—¿Qué…? —Helene se quedó con la boca abierta. Semejante idea, ni antes ni nunca le había pasado por el pensamiento.

—Vale más que nos digamos adiós y que nos separemos como buenos amigos —dijo Vincent Gunn. Seguidamente le confesó—. No quiero saber nada de esas joyas. Veo algo maldito en ellas cuando te miro a ti a los ojos.

Helene se dio cuenta de que había estado a punto de dar un patinazo. Un poco más y se delata como una idiota. Vincent no era, evidentemente, el hombre que necesitaba. Era cobarde. Cobarde de pies a cabeza. Acababa de demostrárselo cumplidamente.

— No comprendo qué has querido decir… —repuso Helene poco después—. Como sea, si has decidido dejarme es mejor que sea ahora… Adiós, Vincent.

—Adiós.

No hubo más palabras entre ellos.

De esto que Joel Caffrey, que permanecía tras los pliegues del cortinaje, se quedara con las ganas de averiguarlo todo.

Pero tendría paciencia. Seguiría esperando, buscando la ocasión propicia que le llevara al esclarecimiento de los hechos. Antes o después Helene se desenmascararía de una forma o de otra y él, ya sin contemplaciones, la cazaría.

Sin embargo, Joel no iba a verse obligado a tener paciencia.

Cuando se disponía a salir de entre los pliegues del cortinaje mientras se decía que su escondrijo podía haber sido a la vez ingenuo y efectivo como el mejor, retrocedió, volvió al mismo sitio.

Helene, que un minuto antes había salido de la biblioteca-despacho, ahora volvía a entrar.

Lo hizo seguida del administrador de la casa.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que pasa? —inquirió éste—. ¿De qué quieres hablarme con tanta urgencia?

—Cierre la puerta —dijo Helene.

—¿Cerrarla...? ¿Para qué he de cerrarla...? —el señor Sand se mostraba desconcertado.

—Hemos de hablar. Nadie debe oírnos —afirmó Helene.

—¿Y eso por qué...? —quiso saber—. ¿Sucede algo de particular?

—Sí.

—¿De qué se trata?

—Primero cierre la puerta.

—Bueno... —accedió, y la puerta quedó cerrada poco después.

Helene se dirigió al mueble-bar. Deseaba beber algo. Pero una copa, sólo una. No fuera a pasarle lo del día antes. Se emborrachó y las consecuencias pudieron ser desastrosas. Por fortuna todo acabó relativamente bien.

Apenas bebió un trago de whisky, Helene se volvió hacia el administrador de la casa.

—Se lo voy a decir en pocas palabras. Yo robé las joyas.

—No, no... —musitó horrorizado el señor Sand.

Pero no se mostró asombrado, era como si, en el fondo de sí mismo, lo hubiera estado esperando.

—Sí, fui yo... —ratificó Helene.

—Entonces, fuiste tú quien mató a la abuela —murmuró el señor Sand.

—Yo me limité a abrir las ventanas de su dormitorio —el cinismo y la maldad de sus sentimientos afloraban de un modo sobrecogedor —. Antes le había echado un par de somníferos en la leche, para que el frío no la despertara...

—Resulta horrible oírtelo decir —el señor Sand se había puesto a temblar—. Tan horrible que... Pero, ¿cómo averiguaste cuál era la

combinación de la caja fuerte?

—Se lo diré en otro momento. Antes he de saber si puedo contar con usted.

—¿Contar conmigo...? —y aumentó el temblor de sus piernas, y de su cuerpo, y de todo él.

—Necesito quien se ponga incondicionalmente a mis órdenes, dispuesto a lo que sea con tal de ayudarme... —aclaró Helene—. Yo sola no puedo seguir...

—Has dicho —repuso el administrador— que tú robaste las joyas. ¿Pues dónde las tienes escondidas? Nadie las he encontrado.

—Se hallan en lugar seguro.

—Yo quiero vivir tranquilo —aseguró el señor Sand —. Siempre ha sido ése el lema de mi vida. Colaborar contigo sería enfrentarme a la policía, a la justicia. No, no esperes semejante cosa de mí. Bastante haré callando...

—Hará más que eso —aseguró Helene, y dejó el whisky sin concluir, sobre el mismo mueble-bar—. Hará lo que yo le pida.

—No, no... —el señor Sand se esforzaba, sino por demostrar serenidad, sí al menos por no temblar todo él de forma tan ostensible.

—Sí, sí —le rebatió ella.

—¿Fuiste tú quien mató a Carrol? —preguntó el administrador de pronto.

—Yo acabé con Carrol. Tuve que hacerlo, acababa de descubrir dónde tenía escondidas las joyas.

—¿Dices que Carrol «acababa» de descubrir...? Pues el cadáver fue encontrado en el cementerio, cerca de la tumba de la señora Burnett... ¿Quiere eso decir que es allí, en el cementerio, donde están las joyas...?

—Sí —afirmó Helene. Añadió seguidamente—: No se lo niego porque sé que a partir de ahora vamos a ser cómplices...

—Tú eres ambiciosa —dijo el señor Sand—, siempre lo has sido. Pero yo me conformo con lo que tengo.

—¿De verdad se conforma con lo que tiene? —y Helene se le acercó, y se le acercó tanto que se quedó insinuantemente pegada a él.

Fue entonces cuando el señor Sand se puso a temblar de verdad. Tanto y de tal modo, que verle en aquel estado hubiera inducido a reír a carcajadas si la situación hubiera sido otra.

—¿Qué significa tu proximidad? —se atrevió a preguntar.

—Significa que usted me desea, me ama... Y significa que yo lo sé, y que estoy dispuesta a corresponderle. Todo en la vida tiene un precio y éste será el que yo pagaré complacida por conseguir de usted lo que pretendo.

—¿Que yo te deseo, que yo te amo...? —se aturrulló el señor Sand — . Nunca te he dicho nada...

—No, pero yo lo sé. ¿Acaso no es cierto? —y Helene le desafió con el gesto, con la mirada.

Fue un auténtico y descarado desafío. Digno en verdad de quien, de antemano, sabe que los triunfos están en su mano.

—Sí, es cierto... —asintió el señor Sand —. ¡Y cómo te amo, Dios de los Cielos! Pero no, no puedo creer que estés dispuesta a corresponderme.

—Siempre y cuando —puntualizó Helene— me ayude en la medida precisa.

—¿Te refieres a... a...? —no terminó la frase, mientras, lo quisiera o no, seguía temblando de pies a cabeza.

—Se lo he dicho antes. Quiero que se convierta en mi cómplice y...

—¡Oh, no, eso no!

Estaba claro que la sola idea de ayudarla le asustaba hasta cortarle el aliento, pero al mismo tiempo el premio ofrecido le atraía hasta lo indecible, y él, en conclusión, se debatía consigo mismo sin saber por dónde decantarse.

— Decídase, señor Sand —y Helene añadió—: Nos casaremos y juntos disfrutaremos de esas joyas. Valen una inmensa fortuna.

—¿Has dicho casamos...? —se le deleitó la voz, a la vez que las pupilas, mientras las manos se la iban hacia el bello rostro de la muchacha y lo acariciaba.

—Sí, he dicho casarnos —ratificó ella —. Pero antes de eso ha de quedar arreglado lo de las joyas. Mire, yo se las entregaré y usted se encargará de venderlas y de ingresar ese dinero en una cuenta a mi nombre.

—Y después, quizá, me dejes a un lado como a un trasto viejo —el señor Sand ya no se debatía consigo mismo, había llegado a la conclusión de que la tentación era demasiado fuerte—. Si quieres que forme parte de tus planes, tendremos que casarnos antes... Debo tomar mis precauciones, compréndelo... No eres de fiar... ¿Cómo vas a serlo, si por lograr tus fines has llegado incluso hasta el crimen?

— De acuerdo —repuso Helene—, nos casaremos antes. Pero ha de ayudarme hasta llegar al fondo de todo... —le previno—, y el fondo de todo es lo de la abuela...

—¿Cómo...?

— La abuela está muerta —empezó a decir Helene—, y su cuerpo se está descomponiendo, putrefactando... Aun así, la abuela, la otra noche, se incorporó dentro del ataúd...

—¿Qué dices? —se alarmó el señor Sand — . ¿Qué disparate es ése...?

— Es la verdad —aseguró Helene—, lo vi con toda claridad. La abuela se incorporó en el ataúd e incluso levantó el brazo derecho...

Con la mano sujetaba una pistola…

—¿Te has vuelto loca? —la alarma del señor Sand se había convertido en un sobresalto terrible—. ¿O acaso pretendes que me vuelva loco yo?

—Quiero que averigüe lo que pasó. Tendrá que sacar la losa y abrir el ataúd…

En cuanto pensaba en su abuela, los nervios de Helene se desquiciaban, se rompían. Siempre sucedía lo mismo.

—¿Que tendré que sacar la losa y abrir el ataúd? —Alarma y sobresalto se entremezclaron entre sí de una forma estremecedora y angustiosa—. Desde luego no estás bien de la cabeza. ¿Supones que convertirme en tu cómplice es poco, que aún me pides más…?

—Puedo pedir lo que desee —aseguró Helene—. Sé que me ama.

Acercó su boca a la del tembloroso administrador. Quien, tras titubear, aceptó la caricia que se le ofrecía generosa.

Aquello fue como cerrar un trato.

* * *

Parecía lógico esperar que Joel Caffrey saliera en aquel momento de detrás del cortinaje.

Pero no lo hizo así.

Por lo que Helene y el señor Sand, pasado un rato, ya de común acuerdo en todo, abandonaran la estancia sin llegar siquiera a sospechar que alguien podía haber estado escuchando su conversación.

Cuando Helene y el señor Sand pasaron ante la puerta del comedor, vieron que Virginia, Maud y Valerie seguían estando allí. Habían retenido a Vincent Gunn.

—Bueno, será mejor que me vaya… —le oyeron decir a éste.

—Pareces empeñado en irte —le reprochó Virginia—. ¿Tan mal estás en nuestra compañía?

—¿Acaso has discutido con Helene? —le preguntó a su vez Maud.

—Me encanta vuestra compañía —respondió Vincent Gunn —. No, no he discutido con Helene…

— Entonces, si no pasa nada —dijo Valerie—, tomemos juntos un combinado. Sabes que yo los hago muy bien.

—Bueno —repuso finalmente Vincent Gunn—, acepto el combinado. Helene y el señor Sand se adentraron en el comedor.

—Combinado para dos más —manifestó Valerie al verles llegar.

Unos minutos después la bebida fue servida.

Y quince segundos después Vincent Gunn caía muerto. De forma fulminante.

Una paralización galopante había acabado con su vida.

Le había sucedido, pues, lo mismo que a Oscar.

Cualquier entendido en la materia hubiera podido fácilmente diagnosticar cianuro.

CAPITULO VIII

El administrador se dispuso a salir en el coche de la difunta señora Burnett. Helene le dijo.

—Tengo mi coche averiado. ¿Me lleva usted a la ciudad, señor Sand? —No faltaría más —respondió éste de forma totalmente natural y respetuosa. Ninguno de los presentes receló nada. ¿Qué iban a recelar? Todo aquello era normal. Pero Joel Caffrey, como es lógico, opinaba de distinta manera. De tan distinta manera que, dando por seguro que toda aquella historia estaba llegando a su término, consideró oportuno hacérselo saber así a Valerie. Bien mirado era ella su dienta, la persona que le había contratado.

—Regresarán tarde, cuando haga rato que sea de noche —le dijo, aludiendo a Helene y al señor Sand que acababan de salir.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Valerie—. ¿Y qué quiere decirme con esto...?

—Van a ir al cementerio —le notificó Joel—. Pero sólo lo harán cuando nadie les vea, así que esperarán a que sea de noche.

—No lo entiendo.

—Fue Helene quien abrió la caja fuerte y se llevó las joyas. Ahora tiene un cómplice, el señor Sand, un hombre que siempre ha estado ciegamente enamorado de ella. —¿Estás seguro de todo eso?

—Sí —y añadió—: también lo estoy de que voy a casarme pronto. —¿Qué...? —la muchacha había abierto mucho los ojos.

—Sí, he conocido a una chica encantadora y si me he enamorado de ella, lo mejor que puedo hacer es declararle mis sentimientos y convertirla en mi esposa, ¿no crees? —y Joel le sonrió.

—Supongo que sí —y Valerie, dándose por aludida, sonrió a su vez—. Pero, bueno, me estaba hablando de algo más serio, de Helene y de el señor Sand... —Sí, de eso estábamos hablando —admitió Joel.

—Dígame, si Helene fue la que se llevó las joyas de la caja fuerte, fue también la causante de que muriera la abuela, ¿no es cierto? Y también, sin duda, quien disparó a Carrol...

—Sin lugar a dudas., —Es espantoso...

—Sí, lo es. En fin, he querido que supiera que estamos llegando al desenlace del asunto. De todas maneras —amplió—, hasta que regresen del cementerio no pondré yo mis cartas sobre la mesa.

—¿Quiere decir que va a dejarles solos, a sus anchas, hasta dentro de dos o tres horas, o tal vez más? ¿Y si durante ese tiempo...?

—Durante ese tiempo —aseguró Joel—, no harán daño a nadie. Aun convencido de ello, por si acaso, no voy a dejarles solos. Pienso estar con ellos en el cementerio. Sólo que ellos no sabrán que yo

estaré allí.

—¿Va a seguirles con algún propósito en particular? —preguntó la muchacha.

—Deseo saber como actúan y se desenvuelven.

—Sigo sin hacerme una idea exacta...

—No se preocupe, yo me encargaré de todo —y zanjó—. La maldad de Helene no se cobrará nuevas víctimas, puede darlo por seguro.

* * *

Las sombras se cernían sobre los tétricos perfiles del cementerio. La niebla se pegaba a las lápidas, a las cruces, a los altos cipreses, a las barrocas inscripciones y a las flores ya marchitas que nadie se había encargado de retirar. Sombras y niebla, pues, se juntaban, se emparejaban. De tratarse de un hombre y de una mujer, hubieran parecido tenebrosos y solitarios amantes.

—Esta es la tumba de la abuela —dijo Helene al llegar allí.

—Sí, es ésta —asintió el señor Sand.

—Traemos lo necesario, costará poco levantar la losa —repuso ella, tras dejar cerca la linterna encendida —. Será cosa de unos pocos minutos.

—No va a ser un trabajo agradable... —comentó él, tiritando, tal vez de la humedad que había—. Pero te he prometido hacerlo...

—Dejé la losa suelta, simplemente colocada. Todo será sencillo.

—Mejor así. Cuanto antes acabemos, antes podremos salir de aquí. Pero dímelo de una vez, ¿qué es en realidad lo que esperas encontrar dentro del ataúd?

—No lo sé —contestó Helene, esforzándose porque los nervios no le salieran a flote.

—Si la señora Burnett murió, y murió, tiene que seguir aquí dentro... —subrayó el administrador—. Los muertos no salen de paseo.

—Pero ella se incorporó en el ataúd —dijo Helene—. Lo vi claramente.

—Las sombras, la niebla, te jugaron una mala pasada. Simplemente eso.

—Si vi visiones, ¿qué me dices de la pistola? Bueno, dejemos de hablar y manos a la obra...

—Sí, es mejor.

Cuando la losa estuvo fuera de su correspondiente lugar y apareció la tapa del ataúd, el señor Sand empezó a resoplar.

Y no por el trabajo efectuado sino porque no se veía con ánimos de seguir adelante.

Helene le miró fríamente, con dureza, menospreciándole, y él

terminó asintiendo.

—Sí, sí... Ahora mismo...

Pero fue Helene quien, antes de que la tapa del ataúd fuera alzada, estuvo a punto de dar un grito. Le había parecido que la muerta, desde allí dentro, profería un gemido.

— Lo mismo que la otra vez... —masculló.

—¿Qué dices? —preguntó el señor Sand.

— La abuela acaba de lanzar un gemido. ¿Es que no lo has oído?

—Yo no he oído nada —el administrador se quedó agudizando el oído—. Nada...

—Vale más que sepamos de una vez a qué atenernos. Abra el ataúd.

Era una orden terminante. Había que acatarla. No cabía otra solución.

El señor Sand, pues, se inclinó sobre el ataúd y dirigió sus manos hacia los goznes. Tras tragar saliva, o al menos tras intentar hacerlo, levantó la tapa.

Helene lanzó un largo y sobrecogedor alarido.

¡El ataúd estaba vacío!

—¿Cómo es posible...? —y el señor Sand se quedó como quien no cree lo que ve, o mejor, en este caso, lo que no ve.

—Su cuerpo estaba descomponiéndose por momentos, pero por lo visto aún había vida en ella... —musitó Helene.

— No digas tonterías. Eso no es posible.

El señor Sand se retiró de la tumba, como queriendo encontrar por aquellos alrededores la respuesta a aquello que parecía carecer de explicación.

Precisamente entonces llegaron hasta Helene nuevos gemidos. ¡Sin duda los profería la muerta, ella sabría desde dónde...!

— Debe estar cerca —dijo Helene, alterada, desquiciada —. Pero no la veo... Esta linterna apenas alumbra...

—Sí, debe estar cerca... —repuso el administrador—. Yo también oigo ahora los gemidos... A ver, cogeré la linterna y alumbraré entre los cipreses... —hizo lo que acababa de decir.

Y cuando enfocó la luz hacia la derecha, vieron allí, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en una cruz, a la señora Burnett.

Aunque no era la señora Burnett de antes.

Era la actual. La muerta.

La que tenía el cuerpo putrefacto, ya medio comido por los gusanos.

—No, no... —el horror que sintió Helene superó todo lo que incluso ella misma pudiera haber esperado.

—¿Qué hace usted aquí...? —fue el señor Sand quien,

sobreponiéndose a la terrible impresión recibida, encontró valor para adelantarse hacia la horrenda y pavorosa aparición.

La señora Burnett le recibió quieta, inmóvil, apoyada en la cruz, vacía las cuencas de sus ojos y descompuesto y putrefacto su cuerpo, emanando toda ella un olor pestilente.

—¿Cómo ha podido salir del ataúd? —le preguntó el señor Sand — . La losa estaba puesta y pesaba horrores...

Helene quedó a la espera de que su abuela respondiera, si es que, en buena lógica, una cosa así puede esperarse. Como fuera, la verdad es que no se atrevió a acercarse. Resultaba demasiado alucinante la idea de tener que enfrentarse a una muerta.

—¿Qué dice, señora Burnett...? —y la voz del administrador llegó hasta Helene agarrotada, estrangulada por el más angustioso de los espantos—. ¿Qué dice, señora Burnett...? ¿Que ha salido de su ataúd para matar a Helene...? No, no lo haga... Tenga piedad de ella... Es cierto, se portó muy mal con usted... Echó un par de somníferos a su vaso de leche y abrió las ventanas de su dormitorio... Pero está arrepentida de lo que hizo... Le aseguro que está arrepentida... Perdónela... Perdónela...

Helene, aunque a cierta distancia, compartía el espanto del señor Sand. ¿Cómo era posible que una muerta quisiera matarla a ella? ¡Porque estaba muerta, una y cien veces muerta!

Instintivamente dio un par de pasos hacia atrás, si bien comprendiendo que aquella alucinante situación no iba a arreglarse retrocediendo.

Afortunadamente, según pudo ver gracias a la difusa luz de la linterna, el señor Sand seguía manteniendo una relativa compostura ante aquel cadáver. Por lo menos seguía allí, dando la cara.

—Perdónela, señora Burnett... Hágalo por mí, se lo ruego... Usted sabe que yo la he amado siempre... No, no se levante... ¡Deténgase, señora Burnett! —y el administrador empezó a agitar los brazos, evidentemente estaba forcejeando.

La linterna se agitaba de aquí para allá. Las sombras y la niebla se movía de un lado al otro.

Helene hubiera querido intervenir. Así hubieran sido dos contra una. Pero se sentía tan trastornada, tan perturbada, tan desquiciada, que no encontraba fuerzas para nada.

—¡Deténgase, señora Burnett! ¡Hágalo o me veré obligado a detenerla yo...! —la voz del administrador seguía llena de angustioso espanto, pero ahora, también, llena de arrebato frenesí—, ¡No, no puedo permitir que haga daño a Helene. ..! ¡Para eso tendría antes que acabar conmigo...! ¡Deténgase, se lo exijo...!

De pronto se oyeron varios disparos.

Helene, entonces, se' acercó al lugar en que se había desarrollado

la macabra escena.

El señor Sand estaba allí, denudado, con el arma en la mano. A sus pies, sobre la tierra, se hallaba el cadáver de la señora Burnett.

—He disparado... —le dijo el señor Sand, no pudiendo menos de desorbitar los ojos como si éstos fueran a salírseles de la cara —. Por suerte traía una pistola... La llevó siempre conmigo desde que soy tu cómplice, ¿sabes? Por si acaso, nunca se sabe... Y sí, he disparado... Ahora, ahora —y señalaba a la señora Burnett—, parece muerta del todo...

—Esto resulta enloquecedor —repuso Helene, también desorbitados los ojos—. En lugar de luchar con seres vivos tenemos que hacerlo con muertos...

—Salgamos de aquí cuanto antes.

—Sí, en cuanto hallamos cogido las joyas... Venga, sígueme, están aquí, al pie de la tumba... Aquí exactamente —y señaló el sitio.

El señor Sand empezó a hacer un agujero en la tierra, donde Helene le había indicado. Lo que no le impidió, de vez en cuando, alzar la mirada y dirigirla hacia el cadáver de la señora Burnett.

—Sigue quieta —le informaba Helene cada vez que le veía mirar hacia allí.

El agujero pronto estuvo hecho.

¡Pero allí no había nada, nada...!

—¡No es posible! —exclamó Helene—. ¡Yo misma metí las joyas aquí, dentro de mi bolso! ¿Quien habrá podido quitármelas...? ¿Acaso la abuela...? —y se sintió tan desquiciada que por un momento temió perder la razón.

El señor Sand le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Regresemos a casa... Con calma pensaremos en cómo recuperar las joyas... Lo más importante es que nadie se entere de que tú acabaste con la abuela y con Carrol... Compréndelo, si se averiguara lo sucedido podrías acabar en la horca...

—Sí, sí —regresemos—, aceptó Helene, esta vez asustada, aterrorizada, no del poder de una muerta sino del posible castigo de los vivos—. Nadie debe sospechar nada.

—Cuenta conmigo para todo, Helene.

CAPITULO IX

Estaban reunidos en la biblioteca-despacho.

Joel Caffrey requirió la atención de todos, diciéndoles que había llegado ya al esclarecimiento de los hechos.

—¿De verdad? —inquirió Maud.

—Me alegro mucho —dijo el señor Sand desde el sillón situado tras la mesa del escritorio—. Cuéntenos...

Helene se había acercado a la mesa, quizá como buscando la protección del hombre que, por su amor, estaba dispuesto a todo por ella. Bien se lo había demostrado. —Supongo que tendrá pruebas —dijo, y miró al detective.

—¡Pruebas irrefutables! —repuso Joel —. ¡Aquí las tienen! ¡A la vista de todos! —y echó sobre la mesa del escritorio el bolso de Helene.

El bolso que había permanecido bajo tierra varios días, a los pies de la tumba de la señora Burnett.

Helene se puso pálida, lívida, blanca como un ser que hubiera dejado ya de pertenecer a este mundo.

—Es su bolso, Helene... —observó Joel—. Lo saben todos... —Bien, ¿y qué? —preguntó Virginia.

—Miren... —Joel Caffrey cogió el monedero y lo abrió, por lo que apareció su valioso contenido, las joyas de la señora Burnett.

—¡ Las joyas de la abuela! —exclamó Maud.

Helene comprendió que había sido descubierta, desenmascarada. Ni cogida en un callejón sin salida se hubiera sentido peor.

Y consciente de ello no pudo evitar que sus nervios, tensos como cuerdas de arpa, se le rompieran. ¡Del todo, sin darle ya opción a nada que no fuera confesar, gritar a los cuatro vientos que todo aquello era cierto!

—Sí, es mi bolso... No voy a negarlo... Sería absurdo que lo hiciera... Y si, yo abrí la caja fuerte y me apoderé de las joyas... —empezó a mirar a unos y a otros como retándoles, como desafiándoles, casi como si les estuviera provocando—. Lo hice porque soy lista, decidida y valiente... Un libro que leí me dio la idea y la llevé a la práctica sin vacilaciones de ningún tipo.

—Entonces, ¿fuiste tú quien abrió las ventanas de la habitación de la abuela, verdad? —preguntó Virginia, pero no hacía falta la respuesta, resultaba evidente que así había sido.

—¡Sí, fui yo! —exclamó Helene—. ¡Y escondí las joyas en el ataúd, así salieron de la casa bien custodiadas! Después me encargué de sacarlas de allí y de ponerlas en otro lugar... Donde usted, señor

Caffrey —se volvió agresivamente hacia el detective—, las ha encontrado...

—Eso parece —se limitó a decir Joel.

—¡Mataste a Carrol, a mi hermana! —Maud expresaba un infinito horror—. ¿Cómo pudiste ser capaz...?

—Se interpuso en mi camino —dijo Helene—. No me dejó otra opción. Tuve que hacerlo.

—Y la cosa no acabó ahí —manifestó Virginia—. Después eliminaste a Cecil Goddart, al hombre que sin duda se hubiera casado con Maud.

—No —negó Helene en esta ocasión—, yo no tengo nada que ver con la muerte de Cecil.

—¿Y con la muerte de Oscar? ¿Y con la muerte de Vincent? —estas dos preguntas, una tras otra, las formuló Valerie.

—No —negó de nuevo Helene—, yo no maté a ninguno de ellos.

Su tono había resultado convincente. Pero nadie la creyó. Si había acabado con la abuela y si había disparado contra Carrol, ¿por qué había de ser inocente de las otras siguientes muertes?

Pero Joel Caffrey sí había dado crédito a la sinceridad de esas negativas. En realidad, en ningún momento había creído que ella hubiera sido la causante de tales crímenes.

—Me temo —dijo Joel dirigiéndose a Helene— que tal como está la situación la justicia le impute a usted todos los cargos. Así que la veo, a menos que tenga mucha suerte, condenada a la última pena...

—Yo no maté a Oscar, ni a Vincent —aseguró Helene—. Ni tampoco tuve que ver nada con la desaparición de Cecil Goddart...

—Me siento inclinada a creerla —aseguró el detective—, pero usted ha de poner de su parte. ¿Por qué no me explica cómo sucedieron exactamente los hechos?

Helene pensó que debía hablar, que debía referirlo todo. Ella no podía cargar con culpas ajenas. ¡Bastante tenía con las suyas propias!

Antes de hablar, no obstante, miró al administrador. Tal vez esperaba que éste, reaccionando, sacara a relucir su pistola y se hiciera dueño de la situación. Y tal vez esperando, claro, que luego le ofreciera la huida. ¡Porque siempre le había amado y no iba a dejarla sola en un momento como aquél!

Pero el señor Sand permaneció quieto tras la mesa del escritorio, sin que nada en su expresión demostrara que aquella situación le tocara más directamente que a los demás. Sin duda estaba esperando el momento más propicio de intervenir, que por lo visto no era aquél.

Helene, lo dicho, se dispuso a hablar. Ganaría tiempo mientras se defendía de culpas que no eran suyas.

Así que, contó a los presentes cómo había leído aquel libro... Y cómo leyó el diario del señor Sand, enterándose de cuál era la

combinación que abría la caja fuerte... Y cómo ejecutó su plan, convencida de que todo tenía que salirle bien... Y cómo, luego, sacó las joyas de la abuela de su ataúd y las escondió bajo tierra, a los pies de su tumba... Y cómo, podo después, apareciendo Carrol y exigiéndole que repartieran a partes iguales el valor de las joyas, disparó y la mató...

Hizo constar que disparó con la pistola de la abuela, quien acababa de incorporarse en el ataúd.

—Eso no es posible —repuso Maud.

—Los muertos no se mueven —añadió Valerie.

—Te inventas eso para impresionarnos —dijo Virginia.

—No, no lo invento, es cierto —aseguró Helene—. Como lo es que esta noche la abuela ha salido de su ataúd con la intención de matarme. Pero no vais a creerme, me hago cargo. Ni yo me creería a mí misma si no fuera porque lo he visto con mis propios ojos.

—Hablemos de Oscar, y de Vincent Gunn —intervino Joel Caffrey, prefiriendo por lo visto olvidarse de los muertos vivientes y referirse exclusivamente a los vivos que habían dejado de serlo por ingerir cianuro.

—Respecto a ellos no sé nada —contestó Helene—. Nada absolutamente. Sus muertes me sorprendieron tanto como al que más... Sin embargo —añadió—, la verdad es que no estoy dispuesta a pagar ni siquiera mis propias culpas... Huiré de aquí... Alguien va a ayudarme, lo sé...

—Antes de nada es preferible que aclaremos mejor el caso —observó Joel—. Todavía está todo muy confuso, muy revuelto. Díganos... —y el detective se volvió hacia el administrador—, ¿qué opina usted?

—¿De qué? —preguntó éste.

—De lo que acaba de asegurar Helene. Ella no mató a Oscar, ni a Vincent Gunn, ni tuvo nada que ver con la desaparición de Cecil Goddart...

—Creo en sus palabras —se limitó a decir el señor Sand.

—¿Por qué? —quiso saber Joel Caffrey—. ¿Por qué cree en sus palabras? ¿Tal vez porque el culpable de esas muertes es usted...?

Esta última pregunta restalló como si hubiera sido un latigazo.

* * *

El señor Sand se levantó del sillón. Más entero, más sereno de lo que parecía lógico esperar en un hombre de su carácter.

—¿A qué viene que dude usted de mí? —inquirió el administrador —. No creo que tenga usted derecho a...

Joel no le dejó concluir. Le interrumpió, diciendo:

—Usted está enamorado de Helene, y de un hombre enamorado puede esperarse cualquier cosa.

—Admito mi amor por Helene —contestó el señor Sand—, pero de eso a lo que usted insinúa hay un abismo.

—Una mujer nunca suele actuar sola —dijo Joel—. Así, pues, lo natural es suponer que usted haya sido su cómplice.

—No, no... —negó el señor Sand.

—Entonces, ¿me puede usted explicar por qué esta noche han estado los dos juntos en el cementerio? No lo niegue. Les he seguido.

—Bueno, pues yo... —viendo que era inútil negar tales hechos, el administrador asumió la responsabilidad de los mismos—, pues yo... yo... sí, soy su cómplice... Pero sólo desde ayer —se apresuró a puntualizar. Tal puntualización era de vital importancia—. Sólo desde ayer... Así que, que usted me haya achacado la desaparición de Cecil Goddart y la muerte de Oscar y de Vincent Gunn...

—Tengo mis motivos para pensar así —aseguró Joel Caffrey.

—¿A qué motivos se refiere? —preguntó Helene.

—El otro día —les explicó el detective— estuve en la ciudad. Visité la joyería donde, hará unos cuarenta años, la señora Burnett adquirió sus valiosas joyas. Allí me enteré de algo muy interesante. Supongo que desean saber de qué se trata.

—Sí, claro —asintió Maud.

—Desde luego —dijo Virginia.

—Hable, por favor —suplicó Valerie.

El señor Sand había adquirido un tono violáceo, congestionado, como de ataque de apoplejía.

—Me enteré —siguió diciendo el detective— de que la señora Burnett había vendido sus joyas... De eso hace unos tres años... Por cierto, a la hora de venderlas usted le acompañaba, señor Sand.

Este no objetó nada. Quedó mudo. Igual que si le hubieran arrancado la lengua.

—Aquel mismo día —refirió Joel Caffrey— la señora Burnett encargó copia de las mismas... Copias exactas, pues no quería que nadie se enterara de que había vendido las joyas, las verdaderas, las auténticas.

—¿Cómo —inquirió Helene, habiendo dado un respingo—, estas joyas son falsas? ¿Son sólo una mera imitación? —Sí —dijo Joel.

—Tenía que habérmelo dicho —se encaró Helene con el administrador.

—Para conseguirlas habías acabado con la vida de la abuela y de Carrol —dijo el señor Sand —. Era ya tarde para decírtelo...

—Yo sé, señor Sand —afirmó el detective—, por qué no dijo a Helene que las joyas eran falsas. Su explicación de ahora no me sirve, no es válida.

—Yo le aseguro… —empezó a decir el señor Sand.

—Con su permiso —le atajó Joel Caffrey—, voy a referir la historia a mi modo.

Se hizo un profundo silencio. Tan profundo que pareció oprimir el pecho y cortar la respiración a todos los presentes.

—Hace mucho que usted ama a Helene, señor Sand —repuso el detective—. De ello que no le haya faltado tiempo para trazar un plan. Un plan sinuoso y a la vez infalible que le llevara a los brazos de esa mujer. Sabía que era ambiciosa, y que carecía de escrúpulos, y que deseaba para si sola las joyas, así que lo tramó todo dando por descontado que Helene, por alcanzar sus propósitos, no se detendría ante nada. Como usted tampoco había de detenerse. Buena prueba de ello es que fue usted quien mató a Oscar y a Vincent… Como fue usted el causante de que Cecil Goddart desapareciera… Pero volvamos al principio. A usted se le ocurrió escribir un diario y hacerlo a la vista de Helene… De este modo tenía asegurado que, el día que casualmente lo dejara al alcance de su mano, ella lo leería. Se apresuró a hacerlo aunque sólo fuera por curiosidad femenina. Y claro, ahí en el diario debió referirse y hacer mención a los números que abrían la caja fuerte… Esa página, más tarde, sin duda la arrancó…

No hizo falta más para que el señor Sand, como minutos antes Helene, se sintiera descubierto, desenmascarado. Peor que un callejón sin salida.

Pero aunque mostrando un tono violáceo, congestionado, como de ataque de apoplejía, el señor Sand no tenía los nervios tensos como cuerdas de arpa, así que no se le rompieron como a Helene. De todos modos, comprendió que ya todo era inútil y prefirió hacer frente a los hechos con decisión, con arrojo, con osadía. Estaba harto de parecer un hombre tímido, poca cosa.

—¡Sí, en mi diario anoté los números de la caja fuerte! —exclamó —. Quiere la verdad, toda la verdad, ¿no es cierto? Pues se la voy a ofrecer. Ya veo que me ha cazado, por lo que no tendría sentido que siguiera negándolo todo. Pues bien, sí, anoté los números en mi diario… Después me encargué de que Helene eligiera un libro… Lo coloqué en el estante donde ella iba a dejar el último leído… Y lo coloqué mal, lo suficientemente hacia fuera para que no le costara caerse al suelo… Así sucedió y Helene miró su título, que era atrayente… Sabía que se lo quedaría… Como sabía que, al leerlo, se le ocurriría imitar a su protagonista… Se le ocurriría, pues, poner un par de somníferos en el vaso de leche de la abuela y luego volver a su dormitorio y abrir las ventanas de par en par… También haría lo demás, es decir, meter las joyas en el ataúd de la muerta y esperar a más adelante para sacarlas de allí…

Se detuvo unos instantes. Prosiguió.

—Pero Oscar había oído cómo alguien abría la caja fuerte, y llegó a tocar con sus manos a la persona en cuestión... De eso que averiguara que esa persona, una mujer, tenía un lunar en el escote. De momento se guardó celosamente el secreto... Pero luego, más adelante, se sinceró con Cecil Goddart... Yo oí cómo Oscar, en su dormitorio, se lo contaba... No me tocó otro remedio que eliminarle, tenía que proteger a Helene... Y lo hice, sí, no me costó... Con estropearle el coche para cuando fuera entre las lagunas cenagosas... Bueno, el final que tuvo Cecil es fácil de imaginar...

—Lo imaginamos —dijo Joel.

—En cuanto a la muerte de Carrol tampoco me importa confesar la verdad, no, ya no me importa —prosiguió diciendo el administrador —. Me había propuesto que Helene se asustara, se aterrorizara... Si lo conseguía, comprendería que necesitaba a su lado a un hombre que la ayudase... Sí, claro, en tal caso Helene había de recurrir a Vincent Gunn, su novio, lo sabía... Pero también sabía que Vincent Gunn no respondería de forma positiva... Era un hombre todo figura, todo apariencia, pero de eso no pasaba... Seguro que se acobardaba y que, temeroso de la policía, se retiraba antes de verse mezclado en nada... En tal coyuntura, pues, Helene no sabría a quién dirigirse... Sí, lo sabría —subrayó el señor Sand— porque había leído mi diario y en sus páginas yo ponía bien claro que la amaba... Como iba diciendo, me propuse asustar a Helene... Por lo que, en el cementerio, mientras ella dialogaba con Carrol, me acerqué al ataúd e incorporé el cadáver de la señora Burnett, protegiéndome yo tras su cuerpo... Rodeados de oscuridad y de niebla, no era fácil que el truco se viera... También, para que el impacto, para que la impresión fuera mayor, coloqué una pistola en la mano de la señora Burnett... Fue poco después cuando Helene cogió la pistola y disparó a Carrol. Pero...

—Pero no fue la bala que disparó Helene la que mató a Carrol —repuso Joel Caffrey—. Esa bala quedó incrustada en el tronco de un ciprés, yo la encontré. Por lo que se deduce con facilidad que fue usted quien a su vez disparó, señor Sand, por cierto con muy buena puntería... Le dio a Carrol entre ceja y ceja, acabando de forma instantánea con su vida.

—Sí, fue tal como acaba de decir —admitió el administrador. Luego, tras respirar hondo miró a Helene y prosiguió—. Pero dejé que tú creyeras que le habías matado... Cuanto más culpable fueras, o creyeras ser, más pronto llegaría el momento en que me necesitaras a tu lado... En realidad, todo lo había tramado para llegar a ese fin, a esta pretensión. Yo ya sabía desde el principio, en efecto, que las joyas eran falsas. Pero falsas o no podrían servirme igual.

— Nunca le aborreceré bastante —repuso Helene—. Me ha llevado a la perdición, y por nada, por nada...

— Me disculparás —dijo el administrador— cuando comprendas lo mucho que te he amado y que te sigo amando.

—¿Qué me dice de Oscar? —preguntó el detective.

—Sabía que la mujer que sacó las joyas de la caja fuerte tenía un lunar en el escote — contestó el señor Sand—. Era saber demasiado. Le eché cianuro en la copa de whisky que iba a tomarse.

— Hizo otro tanto con Vincent Gunn, ¿no es eso? —volvió a preguntar el detective.

—Sí. Valerie le tendió el vaso con el combinado y yo lo cogí y se lo alargué a mi vez.

Aproveché ese momento para echar otra ración de cianuro… Vincent también sabía demasiado, o por lo menos lo sospechaba…

—Y fue usted quien, en el desván, quiso darme con una barra de hierro, ¿no es cierto? —esta vez Joel Caffrey no hizo una pregunta, se limitó a afirmar—. Lo comprendí por la fuerza con que sujetaba la barra de hierro. Demasiada fuerza para una mujer. Fue usted quien después me disparó…

—Sí —dijo el señor Sand —. La primera en entrar en el desván fue Helene… Sus intenciones debían ser, sin duda, parecidas a las mías. Pero por lo visto vaciló, optó por retroceder… Fui yo, entonces, quien ocupé su puesto… Usted me estorbaba…

—Y lo sucedido esta noche en el cementerio, ¿qué sentido tiene? —inquirió Helene seguidamente—. La abuela estaba…

—Antes de acudir contigo, había ido yo por mi cuenta. Y había sacado a la señora Burnett del ataúd, dejándola sentada en el suelo, apoyada en una cruz. Sabía que te llevarías un buen susto, y que ese nuevo susto haría que te sintieras aún más unida a mí. En cuanto a la pelea que sostuvimos, fingí que forcejeábamos, eso es todo. El resto simple dialéctica por mi parte. Por lo que se refiere a los gemidos que creíste que profería la abuela, los improvisé yo… Como lo hice el primer día, cuando fuiste tú quien levantaste la losa… Respecto a las joyas —agregó— yo las saqué de donde estaban, enterrándolas en otro lugar del cementerio.

—Le vi hacerlo —dijo Joel Caffrey—. Lo que no debe extrañarle porque le he dedicado bastante tiempo. En consecuencia, yo a mi vez desenterré las joyas. Aquí están ahora.

—Son falsas… falsas… —murmuró Helene, aún resistiéndose a creerlo.

—La señora Burnett quería tener contenta a sus nietas —refirió el administrador—, y para eso se veía obligada a concederles todos los caprichos imaginables. De no hacerlo así, se hubieran ido de su lado, por lo menos algunas de ellas. Pero concederles todos los caprichos significaba un desembolso económico excesivo para sus ingresos, así que tuvo que vender sus joyas, no obstante, lo ya dicho, mandó hacer

copias. De este modo nadie había de enterarse de ijada. Por lo que a mí respecta, tenía que conseguir que fueras mía —miró a Helene con arrebatado amor—, y los métodos no me importaban. Todos eran válidos si el resultado era el apetecido.

—¿ Y si yo, a pesar de todo, no hubiera recurrido a usted? —quiso saber Helene.

—Tenías que recurrir a mí, no podía fallar —aseguró el señor Sand — . Pero de fallar, hubiera encontrado la forma de hacerte entrar en razón. Si no a las buenas, sí a las malas.

—Explíquemelo mejor —dijo Joel.

—En el coche de Cecil Goddart, junto al asiento delantero, dejé un pañuelo de Helene, con sus iniciales... Si Helene se hubiera negado a ceder a mis requerimientos, la habría amenazado con decir a la policía dónde estaba el coche... En el fondo de una de las lagunas... En una donde los secos cañaverales de la orilla habrían sufrido un peso excesivo, sin duda el peso del coche, quedando rotos y truncados. En consecuencia, su pañuelo allí dentro la hubiera comprometido máxime cuando se averiguara que el coche había sufrido una avería intencionada. También hubiera amenazado a Helene con decir a la policía que la vi enterrando su bolso con algo en su interior... En fin, que me hubiera mostrado persuasivo...

—Y ahora, ¿qué? —inquirió Helene de pronto, agresivamente fulgurantes sus ojos verdes—. Usted que lo ha planeado todo desde el principio y me ha hundido en esto, supongo que sabrá qué hacer para salvarme.

Esperaba que el señor Sand sacara su pistola y desafiara a todos. ¿A qué esperar a otro momento?

Pero antes de que el señor Sand hiciera el menor gesto en tal sentido, Joel Caffrey se le acercó, le cacheó y le quitó la pistola que llevaba.

—Lo lamento —ironizó—, pero estos juguetes son peligrosos.

Seguidamente se dirigió al teléfono y llamó a la policía.

—¿Inspector...? Sí, venga lo antes posible... Tengo ya a los culpables... De acuerdo, de acuerdo... Le esperamos...

Así que colgó el auricular, el señor Sand se dirigió a él.

—Por favor, déjeme que me retire con Helene a la estancia contigua. Antes de que llegue la policía quisiera que ella me perdonara. Lo hice por amor...

—¿Qué pretende, escapar? —preguntó Joel—, Bien, de acuerdo —terminó aceptando—, esperarán en la otra estancia a la policía.

Helene no se negó a seguir al administrador. Tal vez porque vio en sus ojos que tramaba algo. Le conocía lo suficientemente bien para saberlo.

Así que se quedaron solos en la estancia, la muchacha le apremió.

—¿Qué idea se lleva? ¡Dígamelo!

—Esta estancia tiene una salida disimulada —le informó el señor Sand —. Tu abuela nunca os habló de ella para que no la aprovechárais a sus espaldas. No quería que salierais de noche, ya lo sabes.

CAPITULO X

La noche era tan intensamente oscura que parecía haberse engullido a la niebla. Pero la niebla era tan compacta y espesa que daba la sensación de querer a su vez tragarse a la noche.

Y entre niebla y noche, Helene y el administrador huían de la casa. De donde habían logrado salir burlando la vigilancia a la que habían sido sometidos.

No les había costado abandonar la casa sin ser vistos. Joel Caffrey estaba ojo avizor, dispuesto, evidentemente, a no tener el menor descuido. Pero ellos habían usado la salida secreta, yendo a parar a la parte posterior de la casa.

Fuera ya de la casa, ambos echaron a correr hacia las lagunas pantanosas. Era aquél un camino peligroso, pero yendo por allí podrían despistar a sus perseguidores y ponerse a salvo.

Sin embargo, la intención del señor Sand no era, ciertamente, adentrarse en aquella zona. Pensaba, al llegar al cementerio, meterse en aquel sagrado recinto, cruzarlo de parte a parte e ir a parar lo más lejos posible.

Pero Helene no quiso atenerse a razones, se negó a hacer semejante cosa. Al llegar al cementerio sólo quiso seguir adelante, escapar de allí como temerosa de ser cogida y arrastrada por alguno de aquellos seres muertos que quizá estaban más vivos de lo que parecía.

—¿Qué dices...? —le censuró el señor Sand — . No hay el menor peligro en cruzar el cementerio. Los muertos son inofensivos.

—Prefiero no arriesgarme —dijo Helene de un modo que tenía bastante de histérico—. Tal vez mi abuela...

—¡Tu abuela está muerta! —exclamó el señor Sand—, ¡Muerta! Si se incorporó en su ataúd es porque yo la moví... Si la encontraste en el banco de madera, es porque yo la coloqué allí... Lo he explicado ya, ¿no? Pues no pienses insensateces... —y para hacerla reaccionar la cogió por los hombros y la zarandeó.

—No, no me atrevo a meterme en el cementerio —dijo Helene—, Prefiero cruzar las lagunas.

—Es muy oscura la noche —objetó el señor Sand —. Hay mucha niebla. Podría costamos caro.

—Usted conoce muy bien todos los caminos —afirmó He lene—. Si vamos con cuidado no puede pasarnos nada. Además, fíjese, el cielo se está aclarando algo... Sí, dese cuenta, incluso asoma ya alguna que otra estrella...

—Sí, es cierto —reconoció el señor Sand tras elevar la mirada

hacia lo alto—. Aun así, es más aconsejable que vayamos a través del cementerio.

—¡A usted le debo esta situación! —exclamó Helene—. ¡Su plan ha ido poco a poco aferrándome, maniatándome, y haciéndome que cayera fatalmente en esto...! ¡Lo menos que puede hacer por mí, para que no termine odiándole con todas mis fuerzas...!

—No resistiría tu odio, Helene. Todo lo he hecho por el amor que te tengo. Si hubiera sido joven y guapo hubiera contado con otras armas, pero...—Huyamos por otro lugar que no sea esto, que no sea el cementerio —a Helene seguía desquiciándole la idea de que su abuela pudiera salirle al paso. A pesar de las explicaciones recibidas, éstas por lo visto no parecían haberle convencido suficientemente—. Hágalo como yo le pido y quizá llegue a perdonarle tantas mentiras.

—Todas esas mentiras, y después todas esas muertes, sólo han tenido una finalidad, que llegaras a aceptarme. Tienes la medida exacta de mi amor.

—Demuéstreme su amor llevándome por otro sitio que no sea el cementerio —dijo ella, obstinada —. En cuanto a esas mentiras, a esas muertes, creo que tendré que perdonárselas... En realidad usted y yo nos parecemos, somos tal para cual... Supongo que ambos somos malos... Almas perversas que el diablo debe estar ansioso por llevarse al reino de las llamas, a su reino...

—Puesto que quieres que huyamos entre las lagunas, será como deseas —aceptó finalmente el señor Sand—. Yo no soy capaz de negarte nada. Además, ya no está tan oscuro, incluso la niebla parece estar aclarando... Anda, ven, sígueme...

A partir de aquel momento, Helene se limitó a seguir los pasos al señor Sand. En realidad, a menudo, ni siquiera le veía a él. Su silueta se perdía, se difuminaba unos metros más adelante, entre la oscuridad y la niebla. Pero ella oía su voz, se guiaba por ella y todo iba bien.

No obstante, habían de avanzar con infinidad de precauciones y no era posible, en consecuencia, hacerlo aprisa. Bueno, lo importante era llegar bien al final del recorrido.

Una hora, aproximadamente, el señor Sand se detuvo y Helene, al poco, estaba a su lado.

—Descansemos un poco —repuso él.

—Sí... —aceptó ella.

Pero apenas dicho esto, oyeron, resonando entre la traicionera superficie de las lagunas pantanosas, la voz fuerte, varonil, de Joel Caffrey.

—¡Helene, no siga adelante! ¡Deténgase!

—Viene tras nosotros —dijo el señor Sand, sofocado—. Sigamos, sigamos... Hagámoslo ahora mismo o nos dará alcance...

—No perdamos tiempo —repuso ella, sofocada también.

El señor Sand, anticipándose a Helene, se adentró en el camino. En uno de los tantos caminos que parecían inofensivos. A los que, empero, la oscuridad y la niebla le conferían un aspecto intranquilizador.

Pero había que ser decidido, de otro modo se quedarían con los pies clavados en aquel sitio y Joel Caffrey, sin duda seguido por el inspector de policía y por sus hombres, les darían alcance. Aquello sería la perdición.

Helene le siguió, con intencionada lentitud. Pensaba que yendo a una prudencial distancia, si el señor Sand se hundía en alguna de aquellas lagunas, en tal caso, ella, que iba atenta, llegaría a tiempo de pararse.

—¡ Deténgase, Helene! —volvió a cruzar el aire la voz fuerte y varonil de Joel Caffrey—. ¡ Deténgase o tendrá que lamentarlo! Acabará hundiéndose en el lodo...

—Sígueme, sígueme —oyó que le decía el señor Sand—. El camino no ofrece peligros...

—¡Helene, la justicia será más benévola que la muerte que le espera si no se detiene! —exclamó la voz de Joel—. ¡Solo tendrá que responder de la muerte de su abuela, no de las restantes...! ¡Le trae cuenta detenerse!

Fue en aquel momento cuando el señor Sand se percató de que no iba por el sitio adecuado y quiso detenerse, pero había dado ya un nuevo paso y era ya tarde para retroceder.

El pie derecho se le hundió en el lodo. Aunque quiso mantener el equilibrio no -lo consiguió y se fue hacia adelante.

El fango le recibió blandamente, y sigilosamente, y el señor Sand se vio cubierto hasta la cintura del espeso y espeluznante elemento.

Se removió, intentando alcanzar la orilla, pero a cada nuevo movimiento se hundía más y más. El fango le cubría ya hasta los hombros.

—¡ Helene, espere, no siga! —se oyó exclamar a Joel Caffrey.

Helene, por un instante, se detuvo. Tal vez presintiendo que el detective le aconsejaba lo mejor.

Pero el señor Sand le habló. Su voz sonó tranquila, y serena, como si no le pasara nada.

—Sígueme, sígueme... El camino no ofrece peligros...

Iba a morir. Ya no podía esperar otra cosa. Pero no, no quería morir y dejar a Helene en este mundo. Aquel trance sería más llevadero si lo compartía con ella y si juntos, finalmente, quedaban muertos en el fondo de la laguna.

—Sígueme, sígueme... El camino no ofrece peligros... —repitió.

Alentada por estas palabras y por la seguridad que creía que entrañaban, Helene se decidió a seguir adelante.

Así lo hizo.

De pronto sintió que se hundía. El terreno había flaqueado tenebrosamente, espeluznantemente, bajo sus pies.

Gritó como una loca. Aquello significaba la más pavorosa y horripilante de las muertes. Lo sabía.

Y la verdad es que siguió gritando cada vez con más desesperación.

Un minuto después dejó de hacerlo.

Cuando Joel Caffrey llegó allí, seguido del inspector y de sus hombres, la laguna permanecía silenciosa y mansamente quieta.

FIN